

Proposiciones



El Area de Estudios e Investigaciones de SUR busca promover el pensamiento académico libre de los profesionales ligados a la institución, constituyéndose en un lugar de enriquecimiento humano y teórico de los mismos. Busca, en particular, fomentar un diálogo riguroso en torno a los grandes problemas nacionales en lo económico, social y político.

PROPOSICIONES es una publicación interna del Area de Estudios e Investigaciones de SUR, orientada a promover la crítica sobre su labor y a extender la invitación a otros medios intelectuales y profesionales a incorporarse a sus trabajos de seminario.

PROPOSICIONES aspira a ser, en el contenido y la forma, expresión del estado actual de la reflexión crítica de un grupo intelectual: reflexión provisoria, parcial, que aspira sin embargo a revisar profundamente el pensamiento dogmático de cualquier especie, rechaza su coagulación en redacciones rígidas o articuladas en extremo. Lo que aquí se presenta por eso, más que un conjunto de artículos, es un conjunto de memoranda para un debate en desarrollo.

La esperanza es que cada memorándum despierte la discusión, la imaginación, la creatividad; que estimule el parto de un pensamiento nuevo. Ninguna de las ideas aquí contenidas proclama título alguno de autoridad, ni de verdad establecida. Por eso no se exponen: se proponen, para quien quiera recogerlas, profundizarlas o negarlas.

I N D I C E

PAN Y BARATIJAS (J.A.Bengoa)	012
¿CUALES NECESIDADES BASICAS? (Primer Comentario) (Mariana Schkōlnik)	013
NOTAS SOBRE EL PROBLEMA DEL "CONSUMISMO" (Segundo Comentario) (G.D.Martner)	014
LIBERTAD INDIVIDUAL Y ESTADO (Luis Razeto)	015
INSTITUCIONALIZACION Y FORMAS DE HEGEMONIA EN EL ACTUAL PROCESO POLITI CO CHILENO (Jorge Vergara E.)	016
SOBRE LA ALTERNATIVA POPULAR DE INTEGRACION (Javier Martínez)	017
HISTORIOGRAFIA Y ACCION (Eduardo Muñoz)	018

INDICE

012	EN Y RELEVANTE (J.A. Bando)
013	ACUERDO INTERMUNICIPAL (Primer Comentario) (Mariana Schickel)
014	NOTAS SOBRE EL PROBLEMA DEL "COMUNISMO" (Segundo Comentario) (G.D. Marner)
015	LIBERTAD INDIVIDUAL Y ESTADO (Luis Barco)
016	INSTITUCIONALIZACION Y FORMAS DE GOBIERNO EN EL ACTUAL PROCESO POLITICO CO CHILENO (Jorge Vergara E.)
017	SOBRE LA ALTERNATIVA POPULAR DE INTERVENCION (Javier Marín)
018	HISTORIOGRAFIA Y ACCION (Fernando Infante)

PAN Y BARATIJAS

JOSE BENGUA.

INTRODUCCION

En alguna aldea de la antigua Babilonia, seguramente, los hombres soñaban con tener un burro. El burro, la espada y el manto eran símbolos del éxito, triunfo, felicidad y gracia divina. Hoy día parecieran llamarse automóvil, televisión, color y radio-cassette. Son el símbolo de la vida moderna. "I love Sonny". La voz sugerente y la rápida asociación con el tiempo libre, la playa, el sexo y todo "lo lindo". Son las baratijas modernas. Los chiches y cuentas de colores que el conquistador entregaba a los indígenas. Había un aviso de jeans donde sucedía exactamente lo mismo: dos rubios repartían pantalones a los nativos de una isla del pacífico. ¡Explícito incluso!

Estos artefactos son distintos al burro del babilonio; y son diferentes a otras mercancías de épocas más recientes. Poseen una extraña fascinación. Expresan a una época marcada por el consumo. Se transforman en modo de vida e ideología; afectan la convivencia y se inmiscuyen en forma decisiva en la política. Nos preocupamos demasiado -casi exclusivamente- de la forma como los hombres "producen mercancías", pero pocas veces nos adentramos en la esfera de su consumo. Allí aparece el oscuro mundo de la subjetividad y las categorías se nos resbalan por las pendientes psicológicas. Los gustos y las modas son comportamientos colectivos fácilmente manipulables y difícilmente explicables. Corresponde a todas aquellas voliciones ubicadas en las partes bajas de la racionalidad. Aspiraciones que brotan de la frustración y el desarrollo; las más de las veces. La Coca Cola ha explotado bien en su propaganda ese hecho: tomar la bebida es "establecer un puente" entre la tristeza del subdesarrollo y la alegría de Palm Springs. Al fin, ambos saboreamos la Coke. Pero todas estas consideraciones aparecen cargadas de superficialidad y, por último, no son las cosas más importantes. Pero de improvise se mete esta subjetividad en el corazón de las supuestas cosas importantes. Se mete en la economía y en la política; mueve burros, mueve gente, identifica a burócratas y logra altos porcentajes plebiscitarios. La despreciable baratija se entromete en el territorio de la objetividad y la racionalidad. Se transforma en un ente independiente que se nos viene encima, que cambia la cultura, que mueve el piso y nos obliga a pensar un rato... más de un rato.

ESTORIA DE BARATIJAS

Podríamos contar muchas historias recientes en que las baratijas han sido los personajes principales. Realicemos un recuento de lo que nos ha impresionado en estos últimos días: "Las baratijas mueven barcos" debería llamarse esta parte de la historia. No nos hemos explicado aún lo que ha pasado en Cuba. El hecho está ahí. Casi 150 mil cubanos se tiraron al agua en forma literal. Los hechos ya han sido suficientemente aclarados, lo que falta ahora es la explicación (que explique...). Los primeros en decir algo, no dijeron nada. Que eran homosexuales, delincuentes, lumpen-despreciable. Demasiado lumpen para ya veinte años de revolución y ¿qué tiene que oponer la homosexualidad a la revolución? Las segundas explicaciones van entrando mejor al problema. No se trata de negar que muchos de los que zarparon de puerto Mariel, eran delincuentes. Pero no está allí el punto. En Cuba hay problemas económicos y políticos que no se han podido solucionar en veinte años a pesar de los formidables éxitos que ha tenido el proceso. Y esos problemas ponen a la sociedad cubana en una situación muy inestable. Por ejemplo, la ponen fácilmente en la línea de fuego del consumo. Esos problemas, que no son de hoy ni de ayer, sino que vienen arrastrando desde hace tiempo, se ven golpeados con un error de apreciación que comete la dirección cubana. A partir de 1978, comienza el plan de reencuentro con la comunidad cubana del exterior. Se hace una campaña para romper con la presión externa de los "cubanos gusanos", permitiendo que éstos volvieran a Cuba ya sea temporalmente o en algunos casos en forma definitiva. En 1979 pasaron vacaciones en Cuba más de 120 mil cubanos de la comunidad, todos ellos habitantes por décadas de países desarrollados. Nos enteramos hoy día de lo sucedido. Bernard Cassen, redactor de Le Monde Diplomatique, escribe: "En 1979 más de 100 mil personas llegaron con los brazos cargados de regalos para sus familiares y sus amigos y la boca llena de elogios hacia la American Way of life. Actitud clásica de todo trabajador emigrado que vuelve a su país adornado con símbolos de su éxito material para justificar así, a posteriori, su decisión de exiliarse". Los cubanos llaman a estos turistas cargados de baratijas, las mariposas, porque se "vienen a lucir" en Cuba. No cabe duda que Cuba con sus problemas no estaba preparada para recibir el chaparrón de baratijas. Miles de cubanos soñaron noche tras noche con el país de las maravillas que le habían pintado, y con las cosas que allí se podría encontrar. En un conjunto de entrevistas a cubanos en EE.UU. que salieron de Mariel, se encuentran algunas claves de explicación: ¿Qué buscar al salir? Todos hablan de "la libertad". Pero hay distintas acepciones. Ellos saben que en EE.UU. van a ser ciudadanos de tercera o cuarta clase y que las posibilidades de participación política son inexistentes. No va por ahí la libertad como creen algunos ideólogos criollos que tratan de acomodar todas las cosas a su tibia ideología (ver separatas de C. Orrago en revista Hoy). La fascinación del consumo es el motor de los "barcos de la libertad". ¿Y es qué en Cuba no hay nada? Las necesidades básicas, sabemos, están solucionadas mejor que en cualquier país del tercer mundo. Alimentación básica, educación, salud, recreación y deportes, etc., no tienen ninguna relación con lo que sucede en otros países. Pero hay restricciones fuertes al consumo de artefactos y baratijas. Más bien dicho no las hay. La motivación de los cubanos que parten de Mariel no es la libertad abstracta, sino la libertad de consumo, pasar del reino de la pobreza al de la Bils y Pap, como dice aquí la propaganda. Los cubanos no forman parte de una emigración política

en el sentido preciso de la palabra, ni tampoco de una emigración económica, son parte de una nueva clase de emigrantes, la migración cultural.

En un artículo reciente, Julio Cortázar contra el problema al decir: "por estúpido, sin embargo, hay que entender no solamente el deseo de escapar al racionamiento y a las privaciones forzadas que ha tenido que soportar el pueblo cubano durante veinte años, sino el de acceder a la sociedad de consumo con todos sus espejismos brillando desde Miami y multiplicados de la apertura de Cuba a la visita de los emigrados". No se trata, evidentemente, de negar problemas profundos que dicen a la estructura de la sociedad socialista cubana, pero no nos engañemos ni hagamos ideología. La emigración cubana no es política en el sentido preciso de sentir limitada su participación, estar en desacuerdo activo con la ideología oficial o sufrir persecución por sus ideas. No es tampoco de origen netamente económica como sería la de personas sin trabajo que deben viajar al extranjero; ese es el caso preciso de las migraciones económicas. En Cuba existe pleno empleo y las diferenciales salariales se han limitado al mínimo. Se trata de los espejismos brillantes, se trata de una migración cultural, la asociación socialista contra el excitante mundo de las baratijas.

"Las baratijas de la burocracia", es el segundo hecho que nos ha impresionado en estos meses. En el astillero naval de Gdansk en Polonia, surge el más formidable movimiento obrero que haya sacudido a un país socialista a lo largo de toda su historia. Por primera vez los obreros fabriles de un país socialista no confían en la conducción de "su" partido obrero; van a la huelga y reivindican su autonomía e independencia para darse sus propios dirigentes. Es evidente que todo el mundo hace laña del árbol polaco.

"Todo el socialismo burocrático está sometido, en este momento al diálogo, a su vez, con ese movimiento obrero polaco que ha mostrado una asombrosa madurez socialista", dice un comentarista de Le Monde Diplomatique; porque es evidente que el movimiento de los obreros se arranca por la izquierda. A pesar de los tres mil quinientos dólares que envió la AFL-CIO, de sus ridículas declaraciones y de las históricas reacciones de TASS; a pesar de todo ello aparece con claridad el carácter del movimiento. Se discute, en una sociedad que privilegia la igualdad y la democracia popular, la desigualdad y el poder autoritario de la burocracia. En los 21 puntos del Comité Huelguístico Interempresarial, nos aparecen nuevamente las baratijas como un símbolo de la diferenciación social de la burocracia. Después de reivindicar el derecho a organización, huelga, palabra y la libertad de los presos el punto N° 10, 11, 12 y 13 señalan: (10) "asegurar un suministro mejor del mercado con alimentos, exportando sólo los excedentes"; la burocracia y tecnocracia, recordemos, se había lanzado en una política de fomento de las exportaciones; la deuda externa es muy alta en Polonia; la más alta de cualquier país socialista; mucha baratija se venía importando desde Europa Occidental; y se paga con productos básicos, especialmente alimentos. El punto N° 1 pone las cosas en su lugar; se levanta la tesis de la autosuficiencia alimentaria y se critica la política tecnócrata. Demasiado cercano el tema -para nosotros chilenos en Chile- como para hacer más comentarios acerca del carácter de la reivindicación.

El punto 11 es escandaloso para este país: "Introducir cartillas de racionamiento para carne y sus derivados hasta que se haya normalizado su situación de

venta en el mercado". Nos habían dicho tanto que la cartilla de racionamiento era invento de las burocracias para someter al pueblo. Pero aquí se ve a la clase obrera solicitando una medida supuestamente antipopular. Proponiendo una medida igualitaria. Exigiendo la "democracia de las proteínas". La prensa occidental que farisáticamente se solidarizó con los obreros polacos, escondió ratamente su programa. Y el punto 12 aclara, definitivamente, el sentido de las reivindicaciones: "Introducir los precios de mercado libre y terminar con la venta de productos a cambio de divisas en el llamado mercado de exportación "interior". Los precios de mercado libre se transforman en otra forma igualitaria y democrática. Las tiendas especiales son el símbolo de los privilegios de la burocracia. Son almacenes donde sólo se puede comprar con divisas, esto es con dólares. Allí se compran los artículos polacos de exportación ("exportación interior") y los productos importados que no se encuentran en otras tiendas. Son verdaderos "free shops" que sólo pueden ser utilizados por los privilegiados que poseen divisas. Es cierto también que Polonia es uno de los países que tiene un mayor índice de emigración (especialmente en E.E.U.U.) y que el envío de dinero a familiares en Polonia es muy elevado. Esa fue la justificación inicial, que man divisas. Pero luego se transformó en un privilegio de los burócratas que viajan y tienen acceso a las divisas.

Se nos aparecen nuevamente las baratijas. Son el atractivo de esas tiendas, son la distinción de los burócratas, su supresión es el centro de la reivindicación obrera. Más adelante en el artículo 13 (letra b) se vuelve a insistir en "abolir la venta limitada de productos en tiendas especiales". O se acaban las tiendas especiales o que todos tengan derecho de comprar allí.

Nadie pretende decir que la clase obrera polaca se pone en contra de las baratijas, por el contrario. La revolución polaca surge de las presiones de consumo de la clase, que quiere apropiarse de parte sustantiva del crecimiento económico que ha tenido ese país. Recordemos que Polonia ocupa el décimo lugar entre los países desarrollados del mundo. Pero se opone a las baratijas como elemento diferenciador; reivindica la democracia obrera tanto en lo político (sindicatos independientes, dirigentes elegidos directamente por la base y derecho a huelga) como en lo económico. Y en el terreno del consumo "prioriza la decencia". Primero la democracia de las proteínas y los alimentos básicos; luego el derecho a la previsión y la vivienda (14 y 15); continúa la salud y la educación (16 y 17); las vacaciones pagadas, el post embarazo de 3 meses, aumento de las jubilaciones para los trabajadores (20) y otros beneficios laborales (21). La reivindicación de consumo suntuario no sólo no aparece sino que queda supeditada a la igualdad económica. No es un retorno al socialismo ascético de la clase obrera de comienzos de siglo, pero tampoco tiene que ver con las aspiraciones consumistas (y occidentalistas) de Praga del 68.

Dejemos aquí esta historia que aún no termina, y pasemos directamente a las baratijas en nuestro país.

"El sí de las baratijas", podríamos denominar a esta parte de la historia. Le podríamos poner muchos nombres, porque es algo que está caracterizando a este país, a este modelo y a esta desesperación que nos va llenando. A pesar de los guarismos de las cifras del plebiscito hay algunas cuestiones indudables. Un alto porcentaje de la población se encuentra sumida en el sistema y lo apoya

irreflexiblemente. El análisis tradicional se ve inadecuado. Los sectores a cuyos intereses responde el modelo económico son pocos, pero la identificación es bastante mayor.

Orden y baratijas. La imagen de la cola, del desabastecimiento y el desorden de "antes" se ha opuesto de manera eficaz, a las vitrinas llenas de "importados" y al orden del "ahora" y ha surtido efecto. No es sólo la propaganda, obedeciendo a subjetividades misivas difíciles de aprehender, pero fundamentales de tener en cuenta.

El Presidente, en esa noche de triunfo, cargada de símbolos de guerra (gesta del once) de juventudes nacionalistas presentes, de antorchas demasiado reledas y desordenadas para hacernos recordar pesadillas de películas de la guerra mundial pasada; el Presidente ofreció su programa al pueblo para los próximos ocho años.

En los días siguientes los demás personeros de gobierno se han encargado puntualmente de ir precisando el alcance de cada una de esas palabras y sobre todo aumentar el número de artículos, artefactos y baratijas a los que el chileno podrá tener acceso.

Nos ha impresionado el discurso porque significa un cambio radical en nuestra política. Se toca una fibra profunda, arraigada en deseos escondidos, de un país que tiende a definirse por su clase media. El auto, la televisión, el teléfono al alcance de la mano, son los grandes mitos de estos tiempos. Representan una reivindicación de naturaleza diferente a la que enarbolan los antiguos políticos republicanos.

Podríamos hacer ficción. Si alguien esa noche hubiera pasado por esos contornos -cargado de valentía- con un cartel que dijera por ejemplo: "Pan, Justicia, Trabajo y Libertad", hubiera causado un grave desconcierto. Lo habrían castigado, no por subversivo quizá, sino por vulgar. ¿Qué tiene que ver el pan, cuando se están ofreciendo cosas bastantes más sofisticadas e importantes?

Uno se acuerda que las disputas de los antiguos políticos versaban sobre otros temas. Se discutía acerca de quien ofrecía más escuelas, más trabajos, más salud, más industrias, cosas supuestamente básicas para el desarrollo de un país. Para uno era la petroquímica la base del desarrollo y sus bondades o defectos se transformaban en debate público y masivo. Hoy pareciera que se cambia radicalmente el discurso. ¿Y tiene eficacia! Hay que preguntarse hasta dónde ese discurso no obedece a un real anhelo de las masas? Muchos supuestos son cuestionados. Si no tenemos la capacidad de afectados por estos cambios no entraremos en el camino de construcción de la alternativa.

Es tan conocido el hecho que no vale la pena relatarlo con mucho detalle. Familias que apenas tienen para comer y que sin embargo, pagan mensualmente las cuotas del televisor a color. El automóvil por letras se transforma en la trampa mortal que el sistema utiliza para manipular sus presas discolas. Hoy por hoy las baratijas se han transformado, simultáneamente, en el símbolo máximo de éxito del modelo económico y en un sistema de control y dominación que muestra

cotidianamente su eficacia. En una carta un chileno residente en USA expresaba así sus impresiones de un viaje al país "El sistema (...) llega a ser un proceso mental. Un cambio en el proceso de internalizar la realidad: una enfermedad mental, diríamos. No es esquizofrenia ni mucho menos. Es en algunos casos como una gran depresión, un mutismo, un ensimismamiento en el yo vacío y profundo. Y en otros, una manía de poseerle todo, los bienes, los males, los prójimos y los ajenos, los semejantes y los diferentes" (Chile-América N° 62-63). No cabe duda que es un proceso mental colectivo, una insania quizá (alienación en otro lenguaje), pero terriblemente real y de gran utilidad como mecanismo de dominación.

El sistema de control y dominación en el Chile de hoy día, se fundamenta en este tipo de mecanismos. Uno, la inseguridad frente al trabajo y la falta de trabajo para ciertos sectores; dos, la terrible presión por el consumo de baratijas y, en general, las dificultades mismas de la vida económica cotidiana. La persona que es atrapada por la baratijas es sometida a la más violenta tensión, inseguridad por una parte y ofrecimiento de la seguridad en el consumo, por la otra. De esa tensión, surge la conciencia social actual marcada por el ensimismamiento, por el aislamiento, por la falta de confianza en las soluciones colectivas (organización, solidaridad), por el valor del esfuerzo individual como única vía de resolución de la tensión. El círculo se cierra con el concepto e imagen de orden. Para poder desarrollar el esfuerzo individual es necesario que exista un orden inmodificado; reglas del juego muy claras para que pueda desarrollar la iniciativa en el mediano y largo plazo. El sistema garantiza el orden (formal), esto es, cierra el circuito de la conciencia individual. Es por ello que la represión al "desorden", al cambio o incertidumbre en el escenario, es aceptada y necesaria; se transforma en parte sustantiva del modelo de consumo, como forma de resolución de la seguridad personal. Ese es el discurso, nos preguntamos por su eficacia, a qué obedece, y cuáles su perdurabilidad. Nos preguntamos, finalmente, por la alternativa, por el contraorden y la seguridad puesta en un proyecto, en una alternativa. De eso se carece; sobre esto debemos reflexionar.

REFLEXIONES

Remos querido presentar los hechos que nos han impactado en estos últimos meses, y de los cuales surgen una gran cantidad de reflexiones. Por de pronto, pareciera que la relación entre los hechos mostrados es relativamente espúrea. No trataremos de demostrar lo contrario, pero esperamos que hilvanando algunas ideas se entienda el sentido último, de la reflexión realizada.

El primer tema que surge es el de las necesidades. Nuestra concepción tradicional vincula estrechamente el problema de las necesidades al problema de la reproducción. Es en ese sentido que planteamos necesidades básicas y permanentes del ser humano. Hoy día pareciera aumentar su importancia el condicionante histórico, social y cultural de las necesidades. Ningún país está cerrado en sí mismo, ni puede pretender un desarrollo de cualquier tipo libre de las influencias del exterior. Las necesidades se van internacionalizando en crescendo. Nuestras teorías se han concentrado en las necesidades fundamentales. Cuando hablamos de necesidades nos referimos siempre a los elementos que condicionan la

reproducción biológica y material del individuo. Estudios recientes realizados en Brasil muestran una caída persistente del salario y del ingreso familiar real en los sectores populares. Sin embargo, la composición interna del gasto en esos sectores ha cambiado. Cada vez se gasta menos en alimentación básica y se gasta una proporción mayor en artículos suntuarios, en "mini" barbijos. Se sacrifica la alimentación (necesidad básica por excelencia) en función de "otras" necesidades. Las teorías económicas clásicas y neoclásicas -incluso- se ven "pilladas" por esta extraña "elasticidad" de la demanda en niveles de ingresos bajos. Nuestras preocupaciones han caminado siempre por los "bienes-salarios", por la educación, salud, vivienda, etc.. Hoy día pareciera que hay un cambio en la composición de las necesidades populares. Es fundamental dilucidar este punto.

"El capitalismo ha reducido las necesidades del hombre a meras necesidades cuantitativas y de entre ellas a la más alienada: la necesidad de poseer". En el sistema capitalista la apropiación individual es el método de satisfacción. La posesión de la cosa" y la identificación como poseedor, dueño, propietario. Es evidente que la propaganda y la ideología exacerban ese rasgo. Allí se encuentra la clave profunda del problema. Las necesidades y su satisfacción, por ejemplo la fascinación de la cámara fotográfica que permite apropiarse del paisaje (colectivo por excelencia). Es por ello que se establece una relación angustiosa entre la necesidad y su satisfacción; una relación alienada. La relación de extrañamiento respecto de las mismas necesidades que le son impuestas por su poder ajeno y omnipotente: el capital.

"Sin embargo, el capitalismo en el seno de la estructura de necesidades imprescindibles para su funcionamiento genera también un tipo de necesidades cuya satisfacción trasciende el marco de la sociedad capitalista: las denominadas necesidades radicales". Estas necesidades corresponderían, esquemáticamente, a la necesidad de apropiación de los elementos constitutivos de la riqueza humana (universalidad, conciencia, socialidad, objetivación y libertad), necesidades todas ellas cualitativas". (Agnes Heller: Hacia una fundamentación de la subjetividad revolucionaria).

La Heller, discípula de Lukacs y miembro del Círculo de Budapest ha ingresado de lleno en el terreno de las necesidades radicales. El capitalismo, señalaba Marx, es la sociedad en que el mayor grado de riqueza de la especie coincide con el mayor grado de pobreza individual. La pregunta está encaminada a conocer cuáles son las necesidades que se ubican en la raíz del hombre, de lo humano. Hasta qué punto puede llegar la cosificación de las personas. Para la Heller se toparía en la brutal alienación a que lleva el capitalismo, entre individuo y género. Podríamos decir que se trata de una lectura antropológica de la tendencia a la pauperización material y física que era el fenómeno observado en el capitalismo industrial naciente del siglo pasado y transferido posteriormente al tercer mundo. Se trata más bien de la pauperización espiritual y ética a que conduce la extrañación capitalista.

Es en esos momentos en que surge el intento de superación, el cambio de calidad de las necesidades. Es la idea central que permite plantearse el problema de la cultura y la crisis. "Al límite de la extrañación capitalista, despiertan en las masas necesidades que encarnan ese deber (colectivo) y que, por su natu-

raleza, tienden a trascender al capitalismo" (A. Heller: Las necesidades radicales). Encontramos dos elementos en que situar la reflexión: La alienación y la superación por medio del llamado o invocación a las necesidades radicales del ser humano.

Dejémos para más adelante la caracterización de estas necesidades y continuemos nuestra reflexión acerca de la alienación y los problemas de la subjetividad.

La segunda reflexión debería caminar por el tema de la alienación. "A primera vista parece como si las mercancías fuesen objetos evidentes y triviales. Pero analizándolas vemos que son objetos muy intimados, llenos de sutilezas metafísicas y de resabios teológicos" (El Capital, Tomo I, Cap. 1º, 4º). Lo mismo deberíamos decir del consumo y las baratijas: Cuidado, que no es tan simple". El mundo de las mercancías alcanza una dimensión fantasmagórica que tiene vida propia. "A los ojos de los hombres aparecen como una relación entre objetos materiales, lo que no es más que una relación social concreta establecida entre los mismos hombres". Se produce la fetichización de los objetos, se hacen cosas con vida propia. Pero esa vida fantasmal tiene un poder aplastante que no se supera con la sola crítica de la economía política; ni tampoco con la crítica de las puras relaciones entre los hombres. Es allí donde entra de lleno el tema de la subjetividad. El fetiche ha ido consumiéndose, incluso, en las burocracias; han perdido de vista el carácter social del trabajo" y han cosificado al objeto al margen de sus productores. Esa separación estructural es la que ha llevado por el suelo la relación partido-masas y abre la puerta para que las masas reivindiquen sus propias organizaciones, estructuras, etc.; el esquema socialista se remueve hasta sus cimientos. La alienación, el fetichismo ideologiza los socialismos reales y los empuja hacia una sociedad de clases postcapitalista. El fetichismo no se destruye en Cuba, y en Chile es instrumento central de dominación; oscurece las verdaderas relaciones sociales, "convierte a todos los productos del trabajo en jeroglíficos sociales", encubre lo que pasa en la sociedad. El hombre se vuelve cada vez más pobre mientras aumenta la riqueza social. Y esa pobreza se nota a diario. Esa familia que pagó cuotas por el televisor a color y no come lo que necesita. Su ilusión de riqueza es a costa de su pobreza. Ya lo hemos anotado más atrás: La cosificación de la persona como instrumento de dominación brutal. La reflexión política y psiquiátrica encuentran un marco adecuado.

Pero, no se explica todo por medio del recurso antropológico; hay un grueso problema no tratado por las ciencias sociales modernas: el tema de la subjetividad en el análisis social.

En el caso de los barcos de Mariel y en la dominación autoritaria de nuestro país, es un elemento fundamental. Discursos que hablan a las "partes bajas" del hombre. Y para eso, la teoría se nos queda corta. "Vosotros partid del consumo, nosotros en cambio partimos de la producción; por consiguiente vosotros no sois marxistas", decía Pieck, del Partido Comunista Alemán al expulsar en 1932 a Reich. No es la intención reivindicar a Reich, la sexpol y el consumo; pero nada se resolvió con la expulsión orgánica. El problema teórico permanece y el nazismo se instaló en Alemania y puso al mundo en la hoguera. Cuando la dominación se apoya en la irracionalidad, en el atractivo irresistible de las ba-

ratijas, las palabras que hablan a la razón pareciera que caen en el vacío. El lenguaje del socialismo científico habla a la razón y somete la subjetividad al mundo de lo privado e individual. Sin embargo, la subjetividad se escapa de ese nivel y, difícilmente, encuentra respuesta en la ascética tradicional cristiana que tenía al dominio de las "partes bajas". La razón y el espíritu ubicada en la cabeza debía "domar" al corazón y sus pasiones, al vientre y sus "concupiscencias". Todo esto "in gloria Dei". El mundo del trabajo, de la producción, de la estructura social de clases, etc., responde al primer nivel. Son los aspectos fácilmente comprensibles, objetivables y donde los conceptos se adecúan. Los mundos bajos o son reducidos mecánicamente o negados como parte del actuar político y social. La crítica marxista a la religión, por ejemplo, cae en esta simplificación y reduccionismo. La historia se ha encargado de desentrañar su profunda parcialidad y errónea concepción. El "encanto de las baratijas" nos llama a reflexionar en torno a la subjetividad, a superar las "partes altas" y adentrarse en la totalidad.

El tercer tema va surgiendo de la doble dimensión: superación de la alienación y las llamadas necesidades radicales. Pareciera claro que no es la crítica a "la cosa" donde se encuentra el nudo de la contradicción que es necesario desatar. La satisfacción cuantitativa de las necesidades, nos propone Heller, es el criterio de satisfacción en el capitalismo. Brotan necesidades radicales, pero el sistema no las puede resolver positivamente. "No es su ser lo que trasciende al capitalismo sino su satisfacción". Y aquí retomamos el tema. "El capitalismo no sólo genera la alienación sino también la conciencia de la alienación", pero la superación sólo puede darse fuera del capitalismo. Es ahí donde surge la contradicción y su nudo. La crítica económica que discute la imposibilidad de satisfacer las necesidades cuantitativas no toca siquiera el problema. Qué importa si cada uno, dos o diez chilenos tendrán televisor. El problema reside en la radicalidad de la propuesta. Televisor pero nada más; lo cuantitativo es vedado, es imposible de satisfacerse en el marco del sistema de baratijas. Universalidad y conciencia del hombre, objetivación de lo que expresa la mercancía, libertad como superación de la división del trabajo y sus secuelas. Allí reside el camino de superación.

Por este camino se valoriza la ética y la subjetividad humana como lugar de la alternativa de cambio. Es la lectura opuesta al economicismo marxista; es una lectura de Marx desde la antropología, quizá, y sobre todo desde la ética. Es la rebelión al estructuralismo que disuelve al hombre en el conjunto de estructuras articuladas y que hace desaparecer la voluntad de la historia. La apelación a las necesidades radicales pareciera ser un camino de desalienación frente al mundo de las baratijas.

La cuarta reflexión surge del tema anterior y se refiere a lo que hemos denominado el socialismo ascético. La apelación a las necesidades radicales cualitativas debe ser un paso de transformación superior de la cantidad en calidad y no una regresión histórica. Aquí nos topamos con un problema práctico e ideológico a la vez.

A diferencia de los comunistas primitivos, como él los denomina, Marx no quiere generalizar la miseria, la idílica limitación natural, asegurando tal resultado mediante un despotismo igualitario; lo que quiere es generalizar la ri-

riqueza en su cualidad potencial de fonde para el desarrollo universal de todos los miembros de la sociedad" (R. Bahro, *La Alternativa*, p. 31). En otras palabras se trataba de "quitar a las conquistas de la civilización burguesa su forma capitalista". Sería largo e interesante a la vez, adentrarse en la historia y ver cuándo y por qué vía ingresa el ascetismo al pensamiento socialista. Ciertamente, es la herencia de los utópicos y las bases del movimiento obrero y socialista.

El bolchevique de fines de siglo pasado, de anteojos pequeños y redondos, dorra de cuero y chaqueta raída es una imagen adecuada para describir lo que entendemos por socialismo ascético. Una clase pauperizada, el pueblo hambreado por la guerra y la propuesta de una sociedad que "templa el acero" con mística, voluntad, heroísmo, pero con muy poco pan y sin ningún "tiempo libre". Habría que hacer una digresión acerca del emparentamiento de las sociedades obreras, las cofradías de la igualdad con las sectas puritanas. El espíritu ascético se remonta a los orígenes del movimiento obrero. En nuestro país las organizaciones fomentan la moderación y sacrificio. Y no cabe duda que eso se ha expresado en las sociedades socialistas. Ernesto Cardenal, monje trapense (asceta) se emociona "en Cuba", y señala con orgullo que allí "todos son pobres", es "una sociedad de pobres", (Ernesto Cardenal, *En Cuba*). El valor ético es innegable, pero no podemos pedirle a todos los cubanos que tengan vocación monacal.

El ejemplo más clásico de socialismo ascético se encuentra quizá en el maoísmo. Por eso los cristianos que entran en el campo popular se sienten atraídos por esa ideología. La imagen de miles de chinos vestidos idénticamente, el relato de la pobreza "digna" del pueblo, la supremacía de la política y la educación sobre la economía. Den Siao Ping y sus modernizaciones vienen a mostrar los límites del socialismo ascético, su voluntarismo puritano, su rigidez idealista, si nuestro sentimiento altruista nos hace estar con la utopía, la razón y la historia se inclina por el lado del "revisionismo" pragmático. Dimensionar la utopía sigue siendo la tarea.

Contra esa imagen del trabajador social se levanta la imagen de "Travolta Matagalpa" de la revolución sandinista. Es una famosa serie de fotos, la revista TIME mostraba a los claveles en las trincheras de Matagalpa. Las tenidas de beisbolistas, de anteojos oscuros y pistolas terciadas a la usanza de las películas, las poleras multicolores con inscripciones made in USA, y los cabellos largos del antipopulismo. El consumo y las minibarritas incorporadas plenamente a la revuelta. Hasta ahora no pasa de ser una imagen, pero tengámosla en cuenta.

No cabe duda que en nuestro país la palabra socialismo está cargada de valores ascéticos. El trabajo en común para los campesinos es un valor ético, pero representa un esfuerzo cotidiano, un yugo pesado que no están claramente dispuestos a soportar. No representa con claridad un mejoramiento de las condiciones de vida. El temor a la "vuelta al pasado" se fundamenta en esa imagen. La ascética convoca sentimientos profundos y generosos, pero castiga las apetencias "de abajo". La convocatoria socialista pasa por el levantamiento de una propuesta que libere el conjunto de apetencias, que supere el consumo de baratijas, pero que no lo reduzca al terreno del pecado. El proyecto alternativo tiene ese desa-

fio: construir una alternativa que vaya más allá de la afecta de oropel. La uni
versalización de las necesidades, la descomposición y objetivación de las rela-
ciones sociales que expresa, y el salto a una oferta superior integradora.

¿ CUALES "NECESIDADES BASICAS" ?

MARIANA SCHKOLNIK.

La ideología del modelo económico chileno exalta la libertad para elegir, el consumo como la principal de las libertades. Se crea una imagen de abundancia de bienes de consumo que inundan el mercado. La propaganda facilita la tarea de generalizar en toda la población -incluso entre los más pobres- la "expectativa" de que algún día, con trabajo y esfuerzo, tendrán acceso a este mundo dorado. Se genera una total distorsión en las pautas de consumo, con lo que se posterga la educación, la salud, la cultura. Porque la desigual distribución de los ingresos no permite a todos los sectores sociales acceder a estos bienes sin sacrificar otras necesidades fundamentales. La pauta de consumo que este modelo "vende" no es compatible con la capacidad de compra de la población chilena, ni siquiera lo es con la capacidad de producir o importar bienes de nuestra economía.

1. La ideología del modelo económico chileno exalta la libertad para elegir, el consumo como la principal de las libertades. Se crea una imagen de abundancia de bienes de consumo que inundan el mercado. La propaganda facilita la tarea de generalizar en toda la población -incluso entre los más pobres- la "expectativa" de que algún día, con trabajo y esfuerzo, tendrán acceso a este mundo dorado. Se genera una total distorsión en las pautas de consumo, con lo que se posterga la educación, la salud, la cultura. Porque la desigual distribución de los ingresos no permite a todos los sectores sociales acceder a estos bienes sin sacrificar otras necesidades fundamentales. La pauta de consumo que este modelo "vende" no es compatible con la capacidad de compra de la población chilena, ni siquiera lo es con la capacidad de producir o importar bienes de nuestra economía.

La ideología del modelo económico chileno exalta la libertad para elegir, el consumo como la principal de las libertades. Se crea una imagen de abundancia de bienes de consumo que inundan el mercado. La propaganda facilita la tarea de generalizar en toda la población -incluso entre los más pobres- la "expectativa" de que algún día, con trabajo y esfuerzo, tendrán acceso a este mundo dorado. Se genera una total distorsión en las pautas de consumo, con lo que se posterga la educación, la salud, la cultura. Porque la desigual distribución de los ingresos no permite a todos los sectores sociales acceder a estos bienes sin sacrificar otras necesidades fundamentales. La pauta de consumo que este modelo "vende" no es compatible con la capacidad de compra de la población chilena, ni siquiera lo es con la capacidad de producir o importar bienes de nuestra economía.

2. La ideología consumista del modelo económico distorsiona el objetivo del consumo, como lo son, satisfacer necesidades orgánicas y el logro de una mayor comodidad y calidad de la vida, exaltando sólo los elementos del "status" y diferenciación social asociados al consumo de un determinado producto.

La ideología consumista del modelo económico distorsiona el objetivo del consumo, como lo son, satisfacer necesidades orgánicas y el logro de una mayor comodidad y calidad de la vida, exaltando sólo los elementos del "status" y diferenciación social asociados al consumo de un determinado producto.

En las sociedades primitivas el ser humano satisfacía su necesidad individual de diferenciación a partir de sus características personales, de su valor, su capacidad física, de su honor. Posteriormente la identificación de los miembros de la sociedad se basaba en el grupo social en el cual nacía, el gremio o profesional al cual pertenecía, etc.. Sólo en la sociedad capitalista la posesión de riqueza es una distinción valorativa, de diferenciación entre los hombres.

Reconocer, por lo tanto, la necesidad de diferenciación e identificación, como una necesidad inherente al ser humano, no significa aceptar la apropiación

y la acumulación privada de riqueza como el medio "natural".

3.

Frente a este fenómeno la solución no va pues por el simple lado del ascetismo, implícito tras los llamados a "vigilar, en forma constante toda aspiración de compra que se infiltre de modo inadecuado" "... vivir en una casa más modesta, que lo que sus posibilidades le permitan..." "... no involucrarse jamás en créditos para financiar la adquisición de bienes de consumo, viajes o placeres suntuarios..." (1).

El problema no radica en el consumo cada vez mayor de bienes cada vez mejores. El problema no es el consumo sino los valores que presupone. La valoración de los bienes en este sistema no se realiza en función de su utilidad o calidad específica, sino del "status" que confiere poseerlos. El consumo es un fin en sí mismo, no un medio para mejorar las condiciones de vida. La posesión de un auto o una radio-cassette confieren honor, constituyen una distinción con el resto de los hombres, basada sólo en la propiedad de bienes materiales.

Per lo demás, constantemente surgen necesidades sociales más allá de las orgánicas, necesidades tan vitales como vestirse, comer; por ejemplo, necesidad de socialización, de comunicación e información, de sentirse parte integrante y activa del cuerpo social. Los hombres se vinculan entre sí y en la naturaleza cada vez más a partir de objetos. Estos objetos proveen de poder y control a quien los posee; liberan. ¿Quién será el encargado de "vigilar" que no se "infiltren" nuevas necesidades? El planteamiento del problema en estos términos puede llegar a ser tremendamente arriesgado para la democracia.

4. Si el sistema de valores que se ha desarrollado en Chile, basado en la posesión de bienes materiales, es el responsable de la crisis de valores que estamos viviendo, ¿cómo podemos superar esta crisis?

Las proposiciones de alternativa al modelo vigente ha consistido tradicionalmente en plantear como primacía la satisfacción de las llamadas necesidades básicas: alimentación, vivienda, salud y educación.

Es necesario replantearse este problema. Hay que superar una definición académica, incorporando de manera dinámica las condicionantes históricas y socio culturales que determinan las pautas de consumo. En nuestro caso, es obligatorio reconocer los cambios ocurridos en la realidad objetiva y subjetiva de Chile.

Un régimen verdaderamente humanista debe proveer los medios necesarios para rescatar al ser humano de las "garras" de su creación simbólica: el dinero. Pero no a través del ascetismo, o mediante la negación de todas las ventajas del desarrollo de la civilización. Tampoco es posible pretender homogeneizar o igualar a los hombres a través de pautas de vida y consumo que surgen de la definición autoritaria de una jerarquía "científica" de necesidades.

La satisfacción de las necesidades de realización, de identificación y de

(1) Rev. Análisis N° 32, marzo 81. "Consumismo el caballo de Troya del régimen", R. Gutiérrez.

1

ferenciación individual es posible en tanto se abolezcan los mecanismos que va
loran a todos los hombres según una misma medida: su propiedad y su riqueza.

NOTAS SOBRE EL PROBLEMA DEL "CONSUMISMO"

G.D. MARTNER.

Este trabajo es una presentación de temas ligados a los problemas planteados por el artículo "Pan y Baratiñas". Se nos perdonará el carácter general de las reflexiones aquí expuestas, pero ~~no~~ parece necesario en una primera aproximación.

El tema del fetichismo de la mercancía aparece teniendo gran importancia en todo esto, lo que nos lleva a una breve incursión en su fuente: la crítica de la economía política.

I.

La crítica de la economía política ha centrado su discurso en la puesta en evidencia del carácter fetichista del mundo de las mercancías, que opaca las relaciones que establecen los hombres entre sí en el intercambio de éstas al hacerlo aparecer como una relación entre cosas y no como una relación social.

Siendo el principio de equivalencia de las mercancías la cantidad de trabajo humano que contienen, los trabajos diversos se reducen a un gasto productivo físico y psíquico y los trabajos complejos, a un trabajo simple socialmente necesario. El resultado de estas operaciones es una abstracción: de los productos del trabajo no queda más que su "objetividad fantasmagórica, una simple gelatina de trabajo humano indiferenciado" (K.Marx, El Capital, Libro I). El valor de cambio es propiamente irreal y, por tanto, mística a los individuos. Y si alguna indicación dejó Marx respecto de su proyecto de sociedad es que en ella debe reivindicarse el trabajo directamente social, las formas materiales de los trabajos reales útiles, orientados a la producción de valores de uso, lo que permitiría establecer relaciones no fetichistas entre los hombres y superar de ese modo la alienación.

Pero aquí cabe una observación: el valor de uso, la utilidad, no es simplemente la relación de una necesidad del hombre a una propiedad útil de algún objeto, es también una relación social. Del mismo modo que en el valor de cambio el hombre como productor no es creador sino fuerza de trabajo social abstracto, en el valor de uso el hombre como consumidor de bien

nes no aparece únicamente en una relación de apropiación de la naturaleza, sino también inserto en la determinación social de la utilidad y mediado por la abstracción constituida por el sistema de necesidades. Existe también un fetichismo de los valores de uso, tal vez más misterioso aún, pues se funda en la falsa evidencia del carácter natural de las necesidades.

O, dicho de otro modo, la alienación no aparece sólo en el fetichismo de las mercancías en tanto valores de cambio, sino también en el fetichismo de los valores de uso, de la lógica social de la utilidad.

II.

Sírvanos pues esta digresión para entrar de lleno en el tema. José Bengoa nos invita certeramente a la reflexión ante el doble desafío de la omnipresencia en el socialismo real de la tentación de las baratijas y del destello de las mismas que, ante los ojos del pueblo chileno se despliega en la actualidad.

Intentaremos precisar, luego de constatar que el recurso al paradigma de la crítica de la economía política no nos resuelve el problema de comprender a qué lógica responde el enorme atractivo que en Moscú, La Habana o en Santiago ejercen las baratijas, algunos elementos relativos al fetichismo de los objetos en tanto tales que se expresa en las aspiraciones de consumo.

Desde luego, puede explicarse la lógica de las baratijas a través de la teoría del consumidor manipulado -como antinomia al "consumidor soberano" que está a la base de la teoría económica neoclásica. Por ejemplo, Galbraith nos señala que son tales los medios de que disponen los empresarios en el capitalismo -a través de la publicidad y los medios de comunicación- que logran crear y estimular todo tipo de necesidades superfluas. Pero, ello no nos explica cual es el proceso de creación de estas necesidades en los receptores del mensaje publicitario ni las fronteras entre lo superfluo y lo necesario, quedando en última instancia sujetas a criterios morales -de los intelectuales, en este caso- la delimitación entre lo sano y lo perverso en materia de consumo. Será pues necesario explorar otros derroteros.

En primer lugar, resulta pertinente retomar una serie de distinciones metodológicas relativas al comportamiento histórico social de los individuos, a su conciencia social, propuestas por R. Bahro. La primera de ellas delimita la conciencia absorbida, ligada a las tendencias de conductas subalternas provocadas por la lucha por los medios de subsistencia, de la conciencia excedente, ligada a las tendencias de conducta integral. Esta conciencia excedente, la capacidad psíquica libre, se desdobra a su vez en intereses emancipatorios orientados al crecimiento, diferenciación y autorealización de la personalidad en todas las esferas de la actividad humana, vale decir la autoapropiación de la condición humana, y en intereses compensatorios como reacción a las frustraciones ligadas a la no satisfacción de los deseos y la aparición de las necesidades sustitutivas concomitantes.

Este concepto de intereses compensatorios es aquí de gran utilidad pues

permite explicar que "hay que darse por satisfechos con la posesión y el consumo de la mayor cantidad posible de las cosas y servicios lo más valioso (para el cambio) posible, sin parar mientes que en lo relativo a las necesidades auténticamente humanas, la satisfacción se queda demasiado corta. También la aspiración de poder cae, como una especie de departamento superior, entre los intereses compensatorios". (B. Bahro, La Alternativa. Parte II).

Así, más allá de la evidencia práctica de los bienes y servicios y de la espontaneidad de los comportamientos, opera en el consumo (y en su aspiración) un interés compensatorio y no ya una utilidad objetivable. Los bienes de consumo son signos valorizantes de comunicación social. Se establece a través del consumo no tanto la satisfacción de necesidades, como una relación con los aspectos exteriores de la jerarquización social: se aspira a un estatuto y ello las más de las veces a través de un simulacro de funcionalidad, pues lo útil debe servir de pretexto para lo que no es más que un despliegue de signos prestigiantes. En tales actos, opera simultáneamente un efecto de diferenciación y un efecto de asimilación que atraviesa la jerarquización social. Es el caso de las capas de altos ingresos de nuestro país cuando, entre bienes de utilidad equivalente, optan por adquirir los más caros (efecto de diferenciación), o por aquellos importados que son el nexo con sus aspiraciones de asimilación al "american way of life" y al mundo capitalista desarrollado (efecto de asimilación). Es el caso de las clases sociales dominadas y pauperizadas que buscan -consciente o inconscientemente- al adquirir baratijas abstraerse simbólicamente de su subalternidad (efecto de asimilación), aún al costo de desviar parte de sus escasos recursos destinados a la satisfacción de necesidades básicas, y en el mismo acto tomar distancia ilusoria respecto de quienes comparten su condición (efecto de diferenciación).

Así, en la subjetividad de la conciencia excedente se da una relación conflictiva entre los intereses de compensación y los intereses de emancipación. Los primeros conciernen en esencia la aspiración de consumo de bienes, lo que plantea el problema de la posibilidad material de su concretización para aquellos que se sitúan más allá del estrecho círculo de los dueños del poder y la riqueza en el marco del actual modelo económico.

Es un hecho que la situación de pauperización es la realidad básica de los sectores populares, pero también es cierto que se puede a través de los mecanismos de crédito o -como lo señalaremos- sacrificando abiertamente el consumo básico, acceder a algunas de las baratijas ofrecidas.

Hay ahí en todo caso una tensión permanente, al acaparrarse la compensación por una descompensación que se sitúa ni más ni menos que a nivel del estómago y que puede hacerse insopportable y traducirse en rebelión contra lo existente.

Pero, de cualquier manera, los intereses de compensación no pueden simplemente reducirse arbitrariamente en beneficio de los intereses de emancipación y ponerse a su servicio, ya que justamente representan una exigencia de satisfacción profundamente anclada en la esfera psíquica. De ahí que to-

do proyecto alternativo no puede limitarse a reivindicar solo la satisfacción de las necesidades básicas (alimentación, salud, vivienda, educación) ni menos encaminarse hacia perspectivas asépticas, reafirmandose con ello las conclusiones a las que llega J. Benque.

A su vez, sería erróneo plantearse como insuperable la multiplicación ilimitada de las necesidades, pues buena parte de ellas son el fruto de los intereses compensatorios, por lo que la superación de las condiciones de subalternidad y opresión que están en la base de ellos tendería a permitir (no sin conflictos ni accidentes) la superación de sus condiciones de existencia. Aquí y ahora para nosotros buena parte del problema reside en que la madurez de las condiciones subjetivas no es sólo un asunto de conciencia política: también es necesario que el deseo vital, existencial, de la transformación se enraice en la estructura psíquica de los sujetos de ella -para lo cual es crucial el valor convocante del proyecto alternativo concreto y de las prácticas que lo sustenten- pues, como señala Cortázar, "lo que cuenta, lo que ya he tratado de contar, es el signo afirmativo frente a la escalada del desprecio y del espanto, y esa afirmación tiene que ser lo más solar, lo más vital del hombre: su sed erótica y lúdica, su liberación de los tabúes, su reclamo de una dignidad compartida en una tierra ya libre de este horizonte diario de colmillos y de dólares".

LIBERTAD INDIVIDUAL Y ESTADO

LUIS RAZETO M.

LIBERTAD INDIVIDUAL Y ESTADO

LOIS RABBITO M.

El primer número de la revista Estudios Públicos (diciembre 1980), a través de una serie de artículos de F.A. Hayek, K. Brunner, A. Fontaine, H. Cortés, M. Friedman, G. Tullock y J. Buchanan, ha puesto al centro de la atención de los ambientes intelectuales y políticos chilenos el problema de las relaciones entre economía y política y entre libertad y Estado.

La evidente relevancia del tema, tanto en general como en el contexto del proceso económico-político chileno, y la seriedad y altura intelectual en que ha sido planteado, hacen oportuno reflexionar sobre las posiciones fundamentales asumidas por la mencionada revista, que promete ser una importante tribuna y centro de elaboración de una línea de pensamiento que tiene en nuestro país un elevado poder decisonal.

Ahora bien, la discusión teórica y la crítica científica pueden tener un interés específico, que no sea puramente propagandista sino que sirva a la efectiva comprensión de los problemas, sólo si existe o se logra establecer un espacio teórico compartido entre la crítica y su objeto, o sea, entre quienes sostienen posiciones diferentes sobre la temática del debate. De no ser así, la crítica permanece externa y es estéril a los efectos de avanzar en el conocimiento, limitándose a la reafirmación de las propias posiciones.

En nuestro caso, el espacio de coincidencia puede establecerse en torno a tres afirmaciones, de distinto tipo. La primera es un juicio de valor: la libertad individual es un principio fundamental de la convivencia humana, cuya realización histórica y defensa debe ser objeto de preocupación prioritaria por quienes están interesados en los asuntos públicos. La segunda es una constatación: la democracia, como forma de organización del Estado consagrada históricamente para garantizar la vigencia de la libertad individual, está en crisis en las sociedades contemporáneas. La tercera afirmación define un proyecto o propósito de acción: para defender la libertad individual amenazada y superar la crisis de la democracia, es preciso reducir el tamaño y el poder del Estado.

Como estas afirmaciones pueden no tener un significado unívoco, es con

veniente precisar ulteriormente su contenido, siendo probable que en tal es-
fuerzo de especificación comiencen a aparecer las diferencias conceptuales
y los elementos de crítica más significativos.

La libertad individual

La libertad individual es un valor constitutivo de la persona humana
en cuanto tal, fundamento de sus deberes y derechos, conforme al cual cada
uno puede decidir autónomamente sobre las cuestiones esenciales de su vida,
haciéndose responsable ante la sociedad de las consecuencias de sus decisio-
nes y de los resultados de su propia acción. En las distintas épocas y con-
textos históricos la libertad de las personas tiene expresiones y formas de
realización diferentes, más o menos profundas, dando también lugar a distin-
tos tipos de excesos y distorsiones. En la época moderna, la libertad indivi-
dual se presenta fundamentalmente en tres niveles de actividad: la libertad
de pensamiento y de opinión, la libertad política y de asociación, y la li-
bertad de trabajo e iniciativa económica.

No cabe duda que a la afirmación de estas libertades se pueda atribuir
el inmenso desarrollo, profundamente revolucionario en su contenido, que han
tenido las ciencias, la política y la producción en las sociedades modernas
y contemporáneas. Cabe observar, al mismo tiempo, que este desarrollo multi-
facético ha dado lugar a crecientes procesos de socialización de las mismas
ciencias, política y producción.
Socialización que implica tanto la distribución de los beneficios (conoci-
mientos, poder, bienes y servicios) de tales actividades entre los miembros
de la sociedad, como también el despliegue de éstas a través de grandes aso-
ciaciones y organizaciones. La socialización -hija legítima y complemento
necesario de la libertad individual- ha tenido sin embargo límites y distor-
siones relevantes (desigualdades, masificación, relaciones de dominio, anta-
gonismos) cuya raíz puede encontrarse en el hecho que la libertad individual
no ha sido nunca un bien generalizado, que grandes grupos humanos han llega-
do apenas a los umbrales de su ejercicio, quedando sus vidas condicionadas
por los efectos de las libertades de otros más que por la actuación de la
libertad propia.

Además, la afirmación irrestricta de la libertad individual no acompa-
ñada suficientemente del reconocimiento y promoción de otros valores esencia-
les de la persona humana como ser social, cuales son la fraternidad y soli-
daridad, puede conducir y de hecho ha conducido a menudo a un empobrecimien-
to de la dimensión moral de las actividades y comportamientos individuales,
y colectivos; a la acentuación de las injusticias y desigualdades sociales,
a una conflictualidad permanente y no siempre constructiva. En las socieda-
des con un grupo de desarrollo limitado y desigual -como la nuestra- el énfasis
que se ha de poner en estos valores de solidaridad y ayuda mutua deri-
va fundamentalmente de la necesidad de encontrar soluciones globales y rápi-
das al problema de la satisfacción de las necesidades básicas en extendidos
sectores sociales, lo cual es una condición necesaria para la existencia mis-
ma de la libertad individual.

En lo dicho están implícitas una serie de anotaciones críticas respecto de los planteamientos de varios de los autores de la revista que comentamos. Se apreciaba en ellos una cierta unilateralidad, en cuanto la preocupación principal pareciera ser la afirmación de la libertad de iniciativa económica, quedando en segundo lugar la preocupación por la libertad de pensamiento, y bastante oscurecida la libertad política y de asociación. Son afirmadas como garantía principal de la libertad individual la propiedad privada y la ausencia de interferencias gubernamentales en el libre juego del mercado, sin considerar que la concentración excesiva de la propiedad a que puede conducir el mercado atenta contra la libertad de quienes quedan excluidos de la propiedad de sus medios de trabajo. Sin considerar que la asociación política crea espacios de libertad alternativos para quienes no pueden fundarla sobre la propiedad que no tienen. Sin considerar que la vía de acceso hacia una libertad más profunda y definitiva es la búsqueda de la verdad, y que el apoyo institucional, jurídico y económico de esta búsqueda libre es la condición principal para la construcción de una sociedad de hombres libres.

En algunos de los planteamientos que comentamos se puede apreciar, además, un cierto anacronismo en la consideración del problema. En cuanto hacen un reconocimiento -por decir lo menos- muy parcial del valor de la socialización, que es vista no como resultado y complemento de la libertad individual sino como su negación, no parecen percibir adecuadamente el hecho que en las sociedades organizadas y complejas actuales la defensa de la libertad individual consiste, en gran medida, en garantizar el desarrollo de las iniciativas personales en el seno de las asociaciones y organizaciones (incluido el Estado) de que los hombres forman parte. La historia, en efecto, no ha transcurrido en vano, y el problema es hoy inmensamente más complejo que hace dos siglos cuando consistía principalmente en la afirmación jurídica del individuo autodirigido y sujeto de iniciativa. Especialmente en F.A. Hayek es manifiesta la tendencia a considerar nuestro actual problema de la libertad con los mismos conceptos y modelos que fueron válidos en una época sobrepasada y que dieron lugar al proyecto liberal clásico. Esto nos lleva a la segunda afirmación.

El "modelo" del Estado democrático moderno

La democracia es un método y una organización de gobierno de la sociedad. Ella surgió históricamente como una manera de construir el orden social en una sociedad que reconoce a los individuos la libertad de pensamiento, de asociación y de trabajo. Disueltos los vínculos tradicionales (medievales) entre los hombres, dados por la adhesión de todos a un mismo sistema de ideas y creencias, por la adscripción a funciones productivas predefinidas que se heredaban de padres a hijos, y por la pertenencia estable a grupos jerárquicamente ordenados, la sociedad adquirió en los albores del mundo moderno una movilidad y dinamismo tal que el problema del orden social necesario se presentó en un nivel cualitativamente superior y más complejo que el que había tenido en todas las sociedades anteriores. Surgieron formas de pensamiento diferentes y opuestas, se formaron intereses económicos individuales y de grupo que se contraponen entre sí, los hombres se organizaron por afinidades ideológicas y de intereses, dando lugar a múltiples asociacio-

nes que se proponen objetivos contrastantes.

En tales nuevas condiciones el problema era: cómo unificar a los hombres en torno a objetivos comunes, cómo articular los distintos intereses en un proyecto compartido, cómo integrar funcionalmente las distintas organizaciones y asociaciones en un sistema institucional coherente? ¿Cómo hacer compatible la libertad individual y el orden social, impidiendo que un exceso de ordenamiento comprima las libertades, que la liberación de las actividades humanas disuelva el orden general? Pero es solo un nivel del problema, y quedarse en él sería una simplificación.

En el orden anterior, entre el sistema de dirección y poder (la "sociedad política", como la llamó Hegel) y el sistema de actividades económicas, sociales y culturales (en lenguaje hegeliano, la "sociedad civil"), existía organicidad: se trataba de un orden jerárquicamente dispuesto, donde cada grupo social y cada tipo de actividad se mantenían en su propio espacio vital, y donde los dirigentes y los dirigidos tenían una misma moral y un mismo cuerpo de ideas, de carácter fundamentalmente religioso, que los vinculaba entre sí y los ligaba en una fidelidad superior. (Este era, por cierto, "el modelo" teórico del orden social medioeval; su realización práctica distaba de corresponderle plenamente). La sucesiva disolución del orden medioeval, y la paulatina afirmación de las libertades individuales fueron provocando una escisión o separación entre la sociedad civil y la sociedad política. Por un lado, la sociedad civil se transforma completamente, con el desarrollo de las ciencias, del racionalismo y del empirismo, con la expansión de nuevos métodos de producción y organización industrial, con la formación de la burguesía y de nuevas clases sociales, con el despliegue de las ideologías y de los partidos políticos que las impulsaban. Por otro lado, el poder político reacciona autoritariamente en su esfuerzo por conservar o restaurar el antiguo orden, trata de asegurar para sí por lo menos el monopolio de la violencia y de la administración burocrática. Los fenómenos históricos a través de los cuales se despliega este doble proceso son conocidos: renacimiento, reformas, ciencias positivas, ideologías, asociaciones, industrialismo, mercantilismo, por un lado; formación de ejércitos permanentes, desarrollo de la burocracia, contrarreforma, absolutismo, por el otro. El surgimiento de las monarquías absolutas, del Estado absoluto como forma de gobierno, es el primer intento de recomponer el orden social sin comprimir la libertad económica en dimensiones nacionales y en forma autoritaria; pero el Estado absoluto fracasa, pues en realidad no hace sino cristalizar la separación entre sociedad civil y sociedad política, entre dirigentes y dirigidos.

¿Cómo construir una nueva organicidad, cómo superar la separación entre sociedad civil y sociedad política, cómo elaborar una nueva unidad entre dirigentes y dirigidos en un nuevo orden social que no niegue la recién conquistada libertad individual y tenga en cuenta la enorme diferenciación que se ha producido a todo nivel en la vida social? Son éstos los interrogantes, que sumados a los que indicamos anteriormente, se plantearon una serie de pensadores políticos que elaboraron el proyecto de un Estado democrático moderno.

El "modelo" que construyen, y que progresivamente, a través de largos y

complejos procesos revolucionarios se va estructurando primero en Europa y, que se va extendiendo luego a otras regiones del mundo, contiene los siguientes elementos fundamentales, que delimitan lo que hoy podemos entender por democracia moderna.

-Autonomía de la sociedad civil respecto de la sociedad política. Las actividades culturales, religiosas, económicas, científicas, políticas y económicas tienen en la sociedad civil su espacio de desarrollo libre y competitivo, de modo que en su desarrollo abierto a todas las búsquedas y expresiones creativas se va definiendo el curso de la historia y la evolución de la sociedad. Garantía de la autonomía de la sociedad civil es la sujeción del Gobierno a un orden constitucional que establece los límites de su poder y los derechos de los ciudadanos.

-Representatividad de la sociedad política y de los poderes públicos. El poder político debe ser representativo de la sociedad civil en sus distintas y múltiples expresiones, de manera que la legitimidad de los poderes se construye en la sociedad civil y se manifiesta a través de la expresión de la voluntad soberana del pueblo. Instrumento principal de la representatividad del Estado es el voto libre, universal y secreto, a través del cual se escoge a los gobernantes y se delegan los poderes legislativos en una Asamblea en la que tienen expresión proporcional todos los intereses, corrientes de pensamiento y tendencias políticas que tengan relevancia en la sociedad civil.

-Gobierno de las mayorías, con reconocimiento de los derechos de las minorías. La institucionalidad del Estado no es monolítica, sino que tiene una estructura dual que contempla el Gobierno de las mayorías y la oposición legítima de las minorías.

-Carácter no-ideológico del Estado. El Estado no tiene una ideología oficial permanente; es institucional y formalmente neutro respecto de las ideologías y formas de pensamiento (incluidas las concepciones religiosas) que se desarrollan en la sociedad civil. Estas formas ideológicamente vacías del Estado, se llenan de aquellos contenidos intelectuales y morales que se desarrollan autónomamente en la sociedad civil, siendo el Estado orientador, cada vez, por aquellas concepciones que logren en aquella un desarrollo mayoritario o hegemónico. Solo así las distintas expresiones culturales podrán sentir que el Estado no las excluye a priori, pudiendo confiar en que su expansión en la sociedad civil las puede llevar a cumplir funciones políticas dirigentes. (La neutralidad ideológica del Estado democrático evidentemente no puede ser absoluta, pues las formas mismas de la institucionalidad democrática implican un contenido intelectual y moral importante, cuales la igualdad ante la ley, los derechos humanos, el pluralismo, etc. que es tarea del mismo Estado difundir. Hay también un conjunto de ideas y valores generales compartidos por todos o que son patrimonio cultural adquirido por la humanidad y la nación, que el Estado democrático debe asumir y desarrollar).

-Separación institucional de los poderes públicos. Con el objeto de impedir los excesos del poder y su autorreproducción por parte de un grupo de terminado puesto en condiciones de manejar todos los instrumentos decisivos,

los poderes legislativos, ejecutivo y judicial están institucionalmente separados y son autónomos en su funcionamiento, existiendo instancias de coordinación y de control recíproco.

Ahora bien, este modelo teórico de la democracia moderna tuvo, en su desarrollo histórico concreto, una evolución significativa como consecuencia de una serie de problemas que se fueron presentando en su implementación práctica. Dos son los nudos problemáticos más significativos, que podemos denominar sintéticamente "problema de la representatividad" o legitimidad y "problema de la eficiencia".

La representación de la sociedad civil en el Estado es un principio simple, pero su concreción práctica es asunto extremadamente complejo. La complejidad deriva de dos órdenes de problemas interrelacionados. Por un lado, del hecho que en la sociedad civil no existen solamente individuos libres y sujetos de derechos, sino que se constituyen también grupos de personas vinculados por comunidades de intereses y por afinidad de ideas. Dependiendo del lugar que ocupen en la producción y de la división técnica y social del trabajo se han formado en la sociedad moderna las grandes clases sociales y numerosas categorías y agrupaciones menores, cada una con funciones e intereses particulares, y con muy distintas cuotas de poder económico y social. La relativamente libre circulación de las ideas ha dado lugar, a su vez, a la formación de distinto tipo de agrupaciones ideológicas, religiosas, culturales y políticas, que ofrecen cada una proyectos de sociedad diferentes y respuestas y soluciones alternativas frente a los problemas del desarrollo histórico. La representación de esta sociedad civil compleja en un Estado unitario plantea, pues, problemas más complicados que aquellos que los teóricos fundadores de la democracia creyeron resolver definitivamente con la institución del voto universal. Por otro lado, la representación de intereses e ideas particulares (individuales y de grupos) en un Estado coherente e integrado cuyos objetivos no son los de ningún individuo o grupo particular sino los del conjunto de la sociedad (el bien común), plantea la necesidad de que cada uno de los intereses y concepciones particulares, al entrar a formar parte del Estado representativo, se muten (como dice Hegel) en el interés general, o sea, que se transformen a través de un proceso de universalización; lo cual significa que tales intereses e ideas, en cuanto presentes en la sociedad política, no pueden ser idénticos a como se expresan en la sociedad civil.

Los aspectos del problema (la necesidad de representar grupos de intereses e ideas, y la necesidad de universalización de los intereses e ideas particulares) obtienen en el modelo democrático una solución orgánica a través del sistema de los partidos políticos. Función primordial de los partidos políticos en un sistema democrático pluralista es, en efecto, la representación política (en el Estado) de los intereses y concepciones de los grupos sociales y de las corrientes de pensamiento que se han formado en la sociedad civil; representación que no implica la simple afirmación de tales intereses e ideas particulares en el seno del Estado, sino su transformación, su elevación a interés general, su compatibilización con el bien común. Estos son los aspectos más altos e importantes de la política en una democracia representativa moderna, dependiendo la calidad y perfección de un siste-

ma democrático, más que de las normas jurídicas y de las precauciones institucionales y constitucionales establecidas, de la calidad y perfección con que los órganos de la representación (los partidos) cumplan sus funciones políticas específicas.

El otro problema, que hemos denominado "problema de la eficiencia", tiene también una específica complejidad. La doctrina liberal clásica suponía que el libre juego del mercado determinaba espontáneamente la asignación óptima de los recursos, quedando garantizada la eficiencia del conjunto por su funcionamiento sin interferencias gubernamentales; pero la realidad histórica vino a contradecir esta creencia, demostrando que la coordinación de los objetivos particulares y parciales en un proyecto nacional de desarrollo es una necesidad del sistema. Además, hay un problema específico de eficiencia de los poderes públicos en el ejercicio de sus funciones propias que no puede ser desconocido, frente al cual el complejo sistema de la representación manifiesta insuficiencias: el movimiento de la sociedad civil es más rápido que la capacidad de composición y mediación que ofrece el sistema representativo.

El problema de la eficiencia de las democracias ha encontrado respuesta en la configuración de un Estado que tiene dos principios de organización paralelos y complementarios, y consecuentemente dos estructuras interrelacionadas en un sistema de poder y dirección complejo. Junto al principio y al sistema de la representación (cuyos órganos principales son los partidos políticos, el parlamento, los medios de comunicación, etc.) se configura un principio y un sistema burocrático (cuyos órganos, relativamente independientes de la opinión pública, son todos los aparatos de la burocracia civil y militar). Mientras el lado representativo del Estado se legitima a través de las expresiones políticas de la voluntad ciudadana, el lado burocrático obtiene su legitimidad en base a la eficiencia que muestre en el ejercicio de sus funciones y a las competencias técnicas que manifiesta poseer. Todas las formas de Estado moderno son de hecho una combinación de representación y burocracia, siendo lo característico de los Estados democráticos la subordinación de los órganos y poderes burocráticos a los órganos y poderes representativos. Así las democracias modernas asumen de hecho la forma de un Estado representativo, burocrático en que predomina el elemento representativo, mientras que los regímenes autoritarios se constituyen como Estados donde predomina el elemento burocrático, quedando subordinado o, al límite, negado, el factor representativo.

La crisis de la Democracia

Nos hemos extendido en la caracterización de las democracias modernas pues solo la consideración de su compleja estructura y de sus múltiples problemas permite comprender adecuadamente la crisis que manifiestan en las sociedades contemporáneas. Los autores cuyos planteamientos han sugerido estas reflexiones críticas, especialmente F.A. Hayek que parece constituir uno de los puntos de referencia principales de varias de las contribuciones de la revista, tienden a concentrarse en uno solo de los aspectos de esta crisis: el crecimiento desproporcionado del poder del Estado causado por la atribución concedida a las asambleas legislativas de dictar leyes positivas

y particulares y de interferir en el libre juego del mercado con políticas redistributivas y organizativas.

La crisis de la democracia es, en cambio, un fenómeno complejo que tiene múltiples manifestaciones y causas históricas, económicas y políticas. No podemos pretender en este artículo hacer un análisis exhaustivo del problema, debiéndonos limitar a la indicación de algunas de sus dimensiones generales más relevantes:

-Un primer elemento de la crisis, que fuera anotado hace ya cincuenta años por A. Gramsci, entre otros, consiste en el hecho que mientras la vida económica tiende cada vez más aceleradamente al internacionalismo, la vida política se ha desarrollado en el sentido del nacionalismo. Las políticas económicas proteccionistas son una de las expresiones de esta contradicción, pero no la única; el militarismo y las carreras armamentistas entre los Estados, que han incidido aún más fuertemente sobre las economías y la producción de las naciones, son quizás la consecuencia negativa más relevante. Cabe notar que este primer elemento de la crisis no es un problema específico de las democracias sino de todas las formas estatales contemporáneas, pero ha tenido efectos especialmente sobre ellas dado que ha sido en las democracias donde la tendencia al cosmopolitismo (no sólo de la economía sino de toda la sociedad civil: ciencias, artes, cultura, tendencias políticas, etc.) ha alcanzado su desarrollo más alto.

-Un segundo elemento de la crisis es la manifestación de los comportamientos y de los grupos sociales que no han accedido a aquellas condiciones económicas, culturales y políticas que consienten la expansión de las libertades individuales. La afirmación restringida de éstas en ciertos sectores elitistas ha comportado una distorsión de sus naturales y benéficos efectos de socialización, dando lugar a la masificación de las mayorías: consumo de masas, opinión de masas, movimientos masivos, recreación de masas, etc.. El Estado ha debido hacer frente a las presiones de las multitudes inorgánicas, llegando a constituir su problema principal el control de las masas. También aquí el problema no es exclusivo de las democracias, pero sus efectos han sido más relevantes en éstas pues se trata de un modelo de organización que no fue elaborado para dirigir una sociedad de masas sino una sociedad de hombres y comunidades libres.

-Un tercer elemento de la crisis tiene su origen en las profundas desigualdades sociales y de poder real que ha producido la economía industrial concentradora de cantidades inmensas de recursos, y consiste básicamente en el hecho de que muy grandes grupos sociales subalternos perciben que sus intereses, aspiraciones y cultura están muy insuficientemente representados en el Estado. Esto ha dado lugar al desarrollo de amplios y poderosos movimientos sociales y políticos que rechazan la democracia representativa y que luchan por proyectos estatales alternativos (especialmente socialistas). La división que se ha producido en la sociedad civil es tan profunda que las capacidades de composición política de los intereses y proyectos diferentes se han visto sobrepasadas: el Estado logra su unidad y coherencia (precaria) recurriendo a transacciones, compromisos, demagogias, coerción.

-Un cuarto elemento de la crisis consiste en el conflicto que se ha venido verificando y acentuando progresivamente entre el lado representativo y el lado burocrático del Estado. La raíz del conflicto es estructural, en cuanto ambos sistemas de autoridad legitiman su poder conforme a principios y por vías diferentes, generándose un permanente conflicto por los espacios de competencia de cada uno. Lo paradójico es que en este conflicto ambos lados del sistema de poder se acusan recíprocamente de no cumplir los requisitos que están a la base de la propia legitimidad, con lo cual se desprestigian recíprocamente sin colaborar a su mutuo perfeccionamiento: el lado burocrático denuncia la ineficiencia del lado representativo, mientras éste subraya la no-representatividad del lado burocrático. Pero el problema principal es otro, y consiste en el hecho de que mientras la burocracia (civil y militar) tiene una tendencia a separarse como un cuerpo social a parte, los órganos de la representación tienden a quedarse en los niveles particulares en que los intereses e ideas se presentan en la sociedad civil, no cumpliendo adecuadamente la necesaria elaboración universal de los mismos. De este modo, los dos mecanismos que el Estado democrático tiene para vincular la sociedad civil y la sociedad política y relacionar a gobernantes y gobernados, cumplen mal sus funciones de nexo: la burocracia, constituyendo un cuerpo interno a la sociedad política, los órganos de la representación permaneciendo en los límites de elaboración de la sociedad civil.

El problema del tamaño del Estado y de la "contención del poder"

La crisis de los Estados democráticos modernos, tal como la hemos considerado en sus elementos más sobresalientes, aparece como un problema y un proceso epocal, de largo período, que no puede encontrar una solución simple y coyuntural. Si la democracia es, como creemos, la forma de organización del Estado más perfecta y civilizada que haya existido históricamente, la comprensión profunda de su crisis no debe llevarnos a descartarla reemplazándola por bárbaras alternativas dictatoriales sino a repensarla, a renovar la, a corregirla y adaptarla a las nuevas condiciones históricas. Afirman coincidir en esto los autores que comentamos, pero el remedio, el proyecto que ofrecen es demasiado simple. La reducción del tamaño del Estado y la contención del poder político es un aspecto relevante en la elaboración de una solución orgánica al problema; pero ella tiene validez solamente si es integrada en un proyecto coherente y refinado de transición hacia una nueva civilización integral, integral en el sentido que abarque conjuntamente las actividades y estructuras económicas, políticas y culturales. Si fuera, por el contrario, sólo un intento de liberar el mercado y las actividades económicas privadas de todo control social o público y la reafirmación simple de los postulados democráticos liberales con que fueron fundados los Estados representativos modernos, es más que probable que el resultado sea una acentuación de la crisis que se quiere enfrentar. Sería injusto afirmar que es éste el propósito de los distintos autores de "Libertad y Leviatán"; en particular, el trabajo de A. Fontaine, por su riqueza de consideraciones históricas y teóricas se distancia más claramente de este reduccionismo. Pero es posible que en espíritus menos refinados quede aquella como la conclusión práctica más relevante.

Los elementos de la crisis de la democracia que hemos destacado permí-

tempercibirla en su esencia como el resultado de un proceso progresivo de separación entre dirigentes y dirigidos, entre la sociedad política y la sociedad civil. El problema histórico-político que el proyecto del Estado democrático se proponía resolver, se ha vuelto a presentar, en nuevas formas, con otros contenidos, en condiciones históricas diferentes. Las elaboraciones teóricas que se necesitan para enfrentarlo han de ser tanto más profundas y realistas que las de los fundadores intelectuales de las democracias modernas.

En todo caso, parece evidente que la elaboración que se necesita debe comenzar por la superación de la estadalatría (como la llama A. Gramsci) que ha caracterizado el pensamiento de la mayoría de los intelectuales de este siglo. Las soluciones que se han propuesto desde las primeras décadas para hacer frente a las distintas manifestaciones de la separación entre sociedad civil y sociedad política han estado, en efecto, dominadas por la tendencia a la absorción de la sociedad civil en la sociedad política, con la consiguiente hipertrofia del Estado y de las burocracias, y la sobrepolitización de las actividades humanas. La construcción de una nueva sociedad en "a medida humana" requiere un proceso inverso, de progresiva reabsorción de la sociedad política en la sociedad civil; pero tal proceso pueda tener consecuencias políticas contrarias a las deseadas, y concretamente fortalecer las tendencias autoritarias del Estado, sino está acompañado de una transformación de la sociedad civil -en sus actividades económicas, sociales y culturales- a través de un vigoroso proceso de democratización, y de una profunda vitalización del carácter representativo del Estado.

Una última observación es necesaria. Toda la problemática que hemos enfocado en este artículo a un nivel teórico general se presenta siempre en contextos históricos diferentes que la cualifican y especifican, conforme al grado de desarrollo económico, el tipo de cultura, las tradiciones nacionales y regionales, las experiencias sociales y políticas, etc. de las sociedades determinadas. Cualquier aplicación mecánica a las situaciones particulares de cada país del análisis, conceptos, modelos y proyectos elaborados a nivel general no solo es teóricamente errónea sino también políticamente arbitraria, y en cuanto tal antidemocrática en la medida en que no se funda en la realidad, la mentalidad, las aspiraciones y las experiencias de cada pueblo. La teoría general es sólo un instrumento para el análisis concreto de las realidades particulares y para la proyectación histórico-política de las soluciones apropiadas de los problemas nacionales específicos.

"INSTITUCIONALIZACION Y FORMAS DE HEGEMONIA EN EL
ACTUAL PROCESO POLITICO CHILENO"

JORGE VERGARA E.

Versión revisada de una ponencia presentada al Seminario "Hegemonía, Política y Cultura" organizado por CENECA, FLACSO, SUR y VECTOR en Santiago, enero de 1981.

1. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA (*)

1.1. Concepción de Política Hegemónica

Es frecuente en los análisis sobre regímenes autoritarios latinoamericanos encontrar referencias o tematizaciones sobre lo que podemos denominar su situación hegemónica. Esto no significa que los autores asuman una perspectiva de análisis propiamente gramsciana. Como se recordará, el tema tiene en el pensamiento de Gramsci múltiples determinaciones y modulaciones (1). Nos interesa por ahora examinar la capacidad hegemónica del Estado y el bloque de poder en Chile como parte de una indagación sobre las condiciones de una estrategia hegemónica popular.

Si entendemos esta última como un proceso de deslegitimación y creación de una hegemonía de nuevo tipo, el análisis de la capacidad hegemónica de los sectores dominantes es necesario en la formulación de una estrategia hegemónica popular. El estudio de esta capacidad es una vía de análisis, asimismo, del conformismo y resistencia que suscitan estos regímenes y el modo problemático o conflictivo en que se produce en ellos la integración social.

Esta perspectiva se ubica en una concepción de la autonomía (relativa) de la política, que permite cuestionar los enfoques mecanicistas y/o economicistas que tienden a deducir las principales características de estos autoritarismos de los cambios de inserción de sus economías dependientes en el mercado mundial.

(*) Este artículo se sitúa, en términos generales, en la perspectiva de análisis sobre Estado autoritario presente en los estudios de Norbert Lechner.

Durante su preparación tuve la oportunidad de dialogar e incorporar comentarios de Rodrigo Baños, Franz Hinckelammert, Javier Martínez, Eugenio Tironi y Augusto Varas. Aquí se recogen algunas temáticas y debates del Seminario de Teoría Política de SUR. Lo dicho sólo expresa la opinión de su autor. El trabajo forma parte de una investigación en curso sobre el Estado autoritario en Chile que se realiza con el apoyo de CLACSO.

El objetivo de este trabajo es examinar críticamente la afirmación de que el autoritarismo chileno es un sistema de dominación carente de hegemonía. Siendo de la política el terreno de constitución de hegemonía parece necesario precisar el concepto de política hegemónica. En un artículo reciente E. Laclau señala (2):

a) Que toda práctica humana es "producción social de sentido" y no un simple mecanismo. De este modo, la sociedad está constituida por el conjunto de estos fenómenos de producción social de sentido. La producción material y espiritual son entonces, un proceso conjunto en el cual la segunda no se reduce a la primera: "Toda producción material es siempre también una producción simbólica y, a la inversa, todo discurso ideológico se inscribe en una práctica material" (3). El proceso de hegemonía se realiza en el discurso, el que no es un nivel separado y opuesto a lo no-discursivo, sino que es constitutivo de toda práctica social pues expresa su sentido.

b) Se propone una nueva concepción de la política como descubrimiento, formulación y articulación de sentidos producidos en las prácticas sociales. Estos pueden ser integrados de diferentes maneras. "La forma hegemónica de la política supone la desarticulación y rearticulación" de sentidos.

Estos procesos de separación y combinación son posibles sólo en una sociedad compleja que permita "variación y articulación (...) diferencial (...) entre los niveles de reproducción social" (economía, política, etc.). Por ejemplo, una política conservadora puede llegar a ser hegemónica si logra desarticular ciertas demandas colectivas ligadas al discurso radical y rearticularlas a su propia práctica y discurso. La estrategia "transformista" consiste en absorber las posicionalidades democráticas, transformando los antagonismos en diferencias en el interior del discurso conservador (p.e. la política de Disraeli en Inglaterra y de Bismarck en Alemania).

c) El proceso político significa creación y transformación de sujetos. Esta es una nueva perspectiva de comprensión de la política. El liberalismo y el marxismo (ortodoxo) parten de sujetos preconstituídos, el individuo o las clases sociales. La política es pensada como una relación posterior entre dichos protagonistas: el "pacto social", la "alianza de clases", etc., Laclau critica el reduccionismo de clase que identifica clase económica y clase política. Cada clase tendría intereses propios, preexistentes y constantes y poseería una ideología distintiva. Así todo elemento ideológico estaría adscrito a concepciones de clase. Propone, en cambio, "aceptar que los 'elementos' ideológicos considerados aisladamente no tienen ninguna necesaria connotación de clase y esa connotación es sólo el resultado de la articulación de esos elementos en un discurso ideológico concreto" (4).

Si siguiendo a Gramsci y Althusser sostiene que los sujetos se constituyen a través de la invocación de sentido, así como se extinguen en esta articulación y desarticulación de los mismos. Dice Gramsci, por ejemplo,

refiriéndose a la obra de Maquiavelo "(...) Se hace pueblo (...) pero no con un pueblo 'genéricamente' entendido, sino con el pueblo que (...) ha convencido con su argumentación precedente, es decir, con el pueblo del que se ha hecho y se siente conciencia y expresión, con el que se siente identificado. Da la impresión de que toda labor 'lógica' no es más que autoreflexión del pueblo, un razonamiento interno, que se hace en la conciencia popular" (5).

- d) El proceso hegemónico se realiza "bajo formas consensuales, es decir como proceso objetivo de 'constitución de nuevos sujetos (...) y no a través de la coerción pura y simple" (6).

1.2. Algunas Dificultades

En el estudio de la situación hegemónica de regímenes autoritarios latino americanos suele hacerse uso de una conceptualización dicotómica que hace difícil sino imposible aprehender sus procesos de hegemonización o pérdida de hegemonía. Se opone, rígidamente, por ejemplo: acumulación-legitimidad, lucro-participación, coerción-consenso, fuerza-gobierno legítimo, dominación-hegemonía, autoritarismo-democracia, etc. (7). Como estos regímenes privilegian la acumulación en desmedro de la legitimidad; la coerción en relación al consenso se tiende a concluir que nos encontramos en presencia de bloques de poder y Estados carentes de hegemonía sostenidos principal o exclusivamente por la coerción.

El origen de tal procedimiento parece que radica en identificar, por una parte, autoritarismo y dominación carente de hegemonía y, de otra, democracia con hegemonía. Sin cuestionar el supuesto de que la democracia es el espacio de constitución de hegemonía, no es posible explorar la posibilidad de que nos encontremos frente a una nueva hegemonía. La experiencia histórica vivida en nuestro país inclina a convertir este supuesto en un prejuicio. Para nosotros no resulta fácil pensar que el programa autoritario de transformación de la sociedad que niega la democracia, pueda llegar o haya llegado a ser hegemónico.

Siguiendo esa línea se sostiene que si un régimen no es democrático sólo puede mantenerse por la fuerza, absolviendo con ello a la democracia de tal defecto. Se recuerda el axioma de que la fuerza es una forma deficiente (sub-óptima) de dominación que no puede llegar a ser hegemónica, quedando comprometida la consolidación y perdurabilidad de un régimen de ese tipo (8). Se ha sostenido, por ejemplo, para el régimen chileno que "no tiene posibilidades de institucionalización y hegemonización (...) aunque (...) esto no contradice la posibilidad de una prolongada estabilización" (9). De este modo, el autoritarismo no sería más que un paréntesis de excepcionalidad entre dos períodos de normalidad democrática.

Debemos cuestionar el supuesto de que la democracia es el espacio de constitución de hegemonía; liberar la equivalencia hegemonía = democracia, señalando que se trata de problemas de diferente carácter. La hegemonía se refiere al carácter que asumen diferentes tipos de dominación social, una de los cuales son las democracias históricas. Una democracia -por ejemplo, el Estado de compromiso chileno- puede sufrir una crisis hegemónica o un autoritarismo ser he-

gemónico. De ambas situaciones hay ejemplos en la historia latinoamericana.

El tema de la hegemonía en Gramsci se plantea en la oposición conceptual principal entre 'fuerza' y 'consenso' y no está referido al tipo de dominación. La primera es llamada también 'dominio', 'coerción', 'constricción', 'autoridad', 'violencia', etc.. "Consenso" tiene como sinónimos, en sus textos, persuasión, conformismo, dirección intelectual y moral o cultural, es decir hegemonía.

"La supremacía de un grupo social, -señala- se manifiesta de dos maneras como 'dominación' y 'dirección moral y espiritual'. La primera es el momento de la fuerza y de constitución de la 'clase dominante'. El segundo es del consenso, de la función directiva y de la 'clase dirigente'. Habitualmente la clase dominante es dirigente. Podría no serlo porque la o las clases subordinadas se han hecho dirigentes (p.e. la situación de la burguesía francesa en la etapa prerrevolucionaria); sea porque se ha producido una crisis acompañada o no de una situación de competencia hegemónica; o porque se vive una situación pre-hegemónica (p.e. la fase estatal económico-corporativa). La teoría de la hegemonía se refiere al modo en que se establece la supremacía de una clase más que al sistema político y social presente (absolutismo, democracia burguesa, etc.) (10).

Se ha llegado a sostener incluso que la concepción gramsciana de la hegemonía difiere de la de la democracia en que se apoyarían en construcciones teóricas diferentes. La primera supondría la existencia de un "sentido" de la historia a la vez que organizaciones políticas capaces de interpretarlo y orientarse en tal dirección. La hegemonía en Gramsci supondría metas necesarias, la de mocracia no. Si concebimos el socialismo como hegemonía de las clases actualmente subordinadas, la relación entre socialismo y democracia no aparece tematizada en Gramsci dando lugar a interpretaciones diferentes (11).

1.3. Caracterización de la Dominación Hegemónica

Es conveniente para el análisis que vamos a emprender señalar brevemente los rasgos característicos de una dominación hegemónica (12):

- a) El poder. Se considera legítimo el ejercicio del poder por parte del Estado y del bloque dominante. Los gobernantes disfrutan del carisma del sistema.
- b) La racionalidad social. Existe una racionalidad al mismo tiempo que consenso sobre lo que es irracional. Es decir, encontramos un conjunto relativamente unitario de concepciones e interpretaciones sobre el fenómeno social, y de criterios para orientar la acción social; un sentido común colectivo. La ideología de los sectores dominantes es aceptada como norma cultural y las ideologías alternativas no logran difusión y no superan una fase de enclave. Desde esta racionalidad común la sociedad puede ser pensada en conjunto, lo que abre la posibilidad de proyectos nacionales.
- c) La relación entre coerción e influencia. El sistema se apoya en la influencia, es decir, en la autoridad ética y cultural del Estado y el

bloque de poder. La amenaza o el ejercicio de la coerción es un recurso de última instancia. El sistema es respetado porque se lo considera normal y no porque sea temible.

- d) El interés de los dominantes. Asume la forma de interés general. Es así que no se perciben intereses antagónicos sino diversidad complementaria.
- e) Clases sociales. La dominación hegemónica es una sociedad de clases cuyos conflictos están institucionalizados y no se transforman en antagonismos mientras no se produzca una crisis hegemónica. Los intereses de los diferentes sectores sociales se perciben como complementarios.
- f) Integración social. Este sistema posee un alto grado de integración, es decir, las tendencias de cohesión predominan ampliamente sobre las tendencias centrífugas y de conflicto. Se produce fluidamente la conversión de los individuos aislados en sujetos. Cada uno se siente miembro real de esa sociedad. La identidad nacional y la "social" o de clase está bien perfilada, tanto en la sociedad civil como en el Estado.
- g) El Estado. El sistema se caracteriza por la integración Estado-sociedad. La mediación que el Estado establece en las relaciones sociales se considera necesaria. El Estado aparece como forma general, ámbito público de las relaciones sociales que como aparato estatal.

Una vez que hemos caracterizado la dominación y la política hegemónica podemos preguntarnos ¿puede decirse que el Estado autoritario y el bloque de poder chilenos son hegemónicos?

2. LA POLITICA AUTORITARIA COMO CONCEPCION Y PRACTICA

2.1 Contenido de la Institucionalización

Queremos situarnos en la actual fase del régimen autoritario. En este período que se inicia en 1976 con la dictación de las Actas Institucionales, o más en junio de 1977 con el Discurso de Chacarillas donde se inicia un extenso y profundo proceso de institucionalización que en su primera parte llega hasta la nueva constitución.

Puede distinguirse entre institucionalización política y socioeconómica (13). La primera ha sido más lenta, por momentos vacilante. Se ha resuelto en sus líneas generales en el sistema jurídico y político establecido, por ejemplo, el status de los partidos políticos. Esta resolución es sólo jurídica, otro es el problema del funcionamiento del sistema instaurado. En la parte provisoria de la constitución se institucionaliza acrecentando el liderazgo personal del General Pinochet y se zanja el problema de la sucesión. En su parte permanente se crea un sistema de democracia tutelada por las Fuerzas Armadas en el cual un conjunto de organismos burocráticos estatales pueden ejercer severo control sobre la nación y sus representantes. El ejercicio de los derechos humanos personales y políticos queda sometido al garante de dicha

libertad, es decir, la cúpula del Estado autoritario. Este se autolimita solamente respecto a los derechos económicos y así el modelo de acumulación monopolista se constitucionaliza.

La institucionalización social y económica tiene un doble significado. Por una parte, es un proceso de "desestatización" de reducción del aparato del Estado, de los "servicios públicos" y organismos estatales orientados a la satisfacción de las necesidades sociales. Por otra, significa la ampliación del mercado, un programa de mercantilización de las relaciones sociales orientado a la refundación del capitalismo en Chile. El desarrollo desigual y el retraso relativo de la institucionalización política se explica en el discurso oficial como necesario para la creación de condiciones que produzcan solidaridad de los sectores subordinados con el sistema. En lo económico los sectores gubernamentales esperan que se vaya produciendo un mejoramiento efectivo de los niveles de vida; en lo político una consolidación del conformismo y la desesperanza colectiva sobre la efectividad que pudiera alcanzar la oposición, así como del surgimiento de una alternativa viable.

Sintetizando puede decirse que la institucionalización comprende:

- a) El liderazgo personal, condición necesaria para mantener el equilibrio interno del bloque de poder y la voluntad política de continuar el programa de "modernizaciones".
- b) El núcleo hegemónico de dicho bloque en el aparato del Estado, es decir, el grupo económico tecnocrático o "equipo económico".
- c) El poder tutelar y suprapolítico de las Fuerzas Armadas y los principales aparatos burocráticos estatales.
- d) El carácter restringido y condicional de la participación ciudadana en la futura generación de representantes políticos.
- e) Las transformaciones estructurales mencionadas. Sobre la necesidad del proceso de institucionalización se han ofrecido diversas interpretaciones que podrían ser complementarias. Indiquemos dos de las más importantes:
 - a) La consolidación del autoritarismo requiere una institucionalización que lo exprese y lo reafirme ahora sobre bases de consenso formal. Esto requiere de algún grado de recuperación democrática para mejorar los niveles de vida de la población (14).
 - b) Habría una erosión de la legitimidad inicial producida por las políticas económicas; la cuestión de los derechos humanos y las demandas de participación y libertad política que han aumentado desde 1977. La institucionalización trataría de responder a esta demanda de relegitimación (15).

2.2 La Estrategia de Despolitización

El proceso de institucionalización forma parte de una práctica y concepción de la política la que constituye su marco y le otorga, en importante medida, su significación.

Analizando lo sucedido desde 1973 puede decirse que el autoritarismo ha decretado e impulsado la desaparición de la actividad política como parte de una estrategia de despolitización de la sociedad. Durante su fase de instauración, hasta 1977, el sistema político es coercitivamente cerrado. Se reprimen o disuven las organizaciones políticas. Sobre la izquierda se ejerce una estrategia represiva destinada a terminar con sus organizaciones políticas y paralizar a sus miembros. Hacia el centro político se dirige una estrategia diversificada que comprende represión selectiva de mostración, llamados a cooperar con la "reconstrucción nacional"; y una campaña de desprestigio destinada a aislarlo y neutralizarlo.

Al suprimir el sistema político-partidario y el espacio público en que se constituía se eliminan o suspenden las mediaciones entre Estado y sociedad, es decir, lo popular y la ciudadanía y se intenta reformular el sentido de lo nacional. La supresión de estas mediaciones produce un vacío o crisis en la integración de la sociedad que permite la instauración y fortalecimiento del nuevo Estado y su programa de transformaciones dejando pendiente el problema de la reorganización política de la sociedad que la institucionalización política trata de resolver.

En la fase actual de consolidación se ha recreado el espacio público controlado por el Estado y los grupos privados con nuevas características que requieren cuidadoso análisis (16). Respecto a la oposición política se ha optado por una estrategia de control y limitada represión destinada a impedir su eficaz reestructuración y a mantenerla aislada de los movimientos sociales. Dicha estrategia está complementada por la difusión de un discurso que presenta la actividad política como obsoleta, mera manipulación o extremismo destructivo.

Se ha reescrito la historia nacional especialmente la del período del Estado de compromiso. Curiosamente se lo presenta como la edad oscura, la época de las "oligarquías partidarias", del creciente estatismo que inhibiendo la iniciativa privada habría causado el estancamiento económico. Los gobiernos del período habrían carecido de "reglas generales" permanentes orientadas al "bien común" por ello habrían favorecido sólo intereses particulares. Embuídos en una concepción de democracia irrestricta y permisiva habrían tolerado o estimulado la lucha de clase y con ello habrían dejado que se menoscabaran los principios fundamentales del ser nacional que son el de autoridad, el presidencialismo y el nacionalismo. Todo ésto habría conducido a la pérdida de la unidad nacional y, finalmente, al "caos" y la amenaza de la independencia nacional.

La crítica al partidismo se complementa con el rechazo a la teoría liberal democrática, en especial al principio de la división de la división de poderes del Estado que en opinión de Gramsci resume toda la ideología neoliberal. Se sustituye el modelo clásico de equilibrio de poderes diversos por el de unidad

del Estado en el poder del gobierno. No pueden existir poderes ajenos al gobierno no señala el General Pinochet (17). Esta concepción explica algunas características de la institucionalidad política "definitiva" que se pondría en vigencia a fines de la década del noventa: Por una parte, y desde ahora, el poder judicial de acuerdo al sistema de estados de excepción carece de atribuciones para cautelar la defensa de los derechos humanos; por otra, el ultrapresidencialismo implantado despoja a los representantes parlamentarios de las facultades de control sobre el ejecutivo que le proporcionaba la constitución de 1925 (18).

Estas concepciones y programas se adecúan a un proceso real de sustitución del poder representativo por el de poder delegado que se produjo desde la implantación del Estado autoritario. El poder político y social fue concentrado en la cúpula civil-militar del Estado quien la delega fraccionadamente en directivos que a su vez lo subdelegan y dividen. Los nombramientos son inmediatamente revocables por la autoridad inmediata. El funcionamiento de la unidad del poder estatal implica, entre otros aspectos, la inseguridad laboral permanente de los funcionarios que sin embargo, le deben incondicionalidad y cuyos derechos se han reducido considerablemente. En ciertas instituciones estatales especializadas -Fuerzas Armadas, aparato judicial, entre otras- este sistema se mediatiza pero obedece a los mismos principios. Esta peculiar militarización del aparato estatal lo ha cohesionado práctica e ideológicamente. Ha contribuido a que se cierre sobre sí mismo haciéndose impenetrable a las demandas sociales, pero permeable en sus más altos niveles a los representantes de empresas o grupos económicos nacionales o extranjeros.

El Estado autoritario continúa siendo un Estado educador y formador. Debe, como condición de su consolidación, aplicar diversos procedimientos por transformar los individuos aislados en el "hombre colectivo" que representa. Hay una "función educativa positiva" y otra "represiva y negativa" indica Gramsci. El Estado educa no sólo a través de la escuela, su discurso ideológico, los medios comunicativos que controla directa o indirectamente y sus "aparatos ideológicos", sino también a través de sus aparatos represivos, judiciales, etc. (19). El castigo, por una parte, la imposición de medidas por otro, no sólo crean nuevas situaciones y nuevas relaciones sociales sino son formas de condicionar la conducta social.

En la constante represión más importante que el castigo infringido a los afectados es el efecto de demostración que se ejerce sobre la sociedad. La represión tiene un aspecto afirmativo, es una forma de autodespliegue del poder autoritario que se cierne autónomo sobre la sociedad civil. Como violencia física, acción del poder sobre los cuerpos, se transforma en ejemplo social, educación refleja sobre los límites y peligros de la disidencia. No pretende persuadir a la oposición. Le exige reducirse a una forma privada de pensar, la renuncia a difundir sus opiniones y a transformarse en sentido de la acción social contestataria.

No es mera respuesta a los "enemigos peligrosos" proporcionada al nivel de impugnación; no es un movimiento defensivo. La violencia estatal designa en el acto de ejercerse. No necesita criterio externo. Su propia actividad, define, discierne en la oposición cuándo y qué debe coartar (20).

De este modo, la utopía autoritaria de la armonía natural de la sociedad en la que el conflicto y la contradicción son productos de minorías anémicas adquiere una realidad organicista. El Estado aparece depurando a la sociedad de sus elementos negativos así como el médico estirpa el cáncer o la zona enferma. Así podrá reaparecer la tendencia originaria de la sociedad a subordinarse a la autoridad. "Los pueblos como las mujeres, buscan los hombres fuertes", dice Enriqu^e Ortúzar.

En las transformaciones estructurales el papel educativo del Estado asume la forma de autoritarismo ilustrado. El axioma es aquí el pleno conocimiento del Estado respecto al bien común. Es por eso que la opinión de los sectores afectados o de los especialistas independientes es irrelevante. Por lo que se sabe han sido, principalmente, las diferencias internas del bloque de poder las que han retrasado o alterado algunos planes de la institucionalización económica y social. Cada sector social "modernizado" es como una materia moldeable sobre la cual el Estado y el capital han aplicado una nueva forma. Es la paradoja de un proceso de destatización exigido por el Estado, del intervencionismo estatal para imponer el no-intervencionismo (21).

El programa de despolitización de la sociedad es un intento de substraer la actividad política de la sociedad; hacerla privada; volverla conspirativa y opaca no sólo para la oposición ilegalizada sino también sumergirla en el interior del Estado y del bloque dominante. Allí se forman sectores y fracciones que están en constante variación. Estas fracciones en el interior del aparato estatal tratan de controlar los centros directivos (ministerios, organismos, su periores de asesoría y planificación, etc.). Así se puede influir y orientar el hermético y no formalizado proceso de toma de decisiones. La opinión pública recibe sólo indicios y rumores de estas pugnas a través de artículos de prensa; retiro, cambio o ascensos de altos funcionarios civiles o militares, etc.

Estas prácticas son expresión de una concepción absolutamente no participativa de la política, cercana al autoritarismo puro que no requiere de participación ni activación social (22). Se ha sostenido que careciendo este tipo de Estado de un sistema mediador no podría regular ni canalizar las demandas económicas y sociales que provengan de los sectores populares y medios. En el caso chileno, su ausencia se debería a las necesidades de aplicar el programa de reformas estructurales. Este régimen no se legitima en la medida en que satisface demandas sociales sino más bien se autolegitima cumpliendo su propio programa de refundación capitalista. Los esfuerzos de los sectores corporativistas de crear movimientos cívicos de apoyo han encontrado resistencias insuperables al interior del bloque de poder. Estos movimientos no se necesitan ni siquiera para la formación y selección de equipos políticos o técnicos. Las universidades intervénidas y un conjunto de organizaciones privadas cumplen tal función. Se ha creado una élite de poder civil y militar cohesionada con un estilo propio de vida; una subcultura exclusiva con sus propias claves y ritos.

La estimación de la participación como innecesaria y contraproducente favorecerá el desarrollo de tendencias tecnocráticas, uno de los fundamentos de la "ilustración" autoritaria. Se sostiene que los principales problemas de la sociedad son de carácter técnico y el capitalismo es la única vía de desarrollo.

Así, la decisión técnica asegura el único tipo de eficacia posible. La doctrina tecnocrática se complementa recíprocamente con el neoliberalismo y neoconservantismo y con la tesis del fin de las ideologías.

Estas tendencias hicieron su aparición significativa en la sociedad chilena alrededor de la década del sesenta. Inspiraron en medida importante la concepción del aparato de estado y el programa de reformas del gobierno de Frei y estuvieron presente en algunas concepciones y medidas del gobierno de Allende. Su desenvolvimiento, sin embargo, estuvo notoriamente frenado por las características del Estado de compromiso. Con la evolución del régimen militar desde 1975, con el predominio del equipo económico sobre las tendencias nacionalistas, pasan a primer plano estas tendencias convirtiéndose en los principales criterios de decisión.

La profunda convergencia entre sectores tecnocráticos y los altos mandos de las Fuerzas Armadas -en las que el verticalismo y el liderazgo personal han alcanzado los mayores niveles- constituye una de las características principales del régimen. Esta alianza constituye un núcleo hegemónico en el seno del Estado y del bloque de poder (23). Su función es relevante: articular "la lógica del poder" y "la lógica de acumulación". La institucionalidad política como las transformaciones estructurales se orientan a consolidar y facilitar la expansión de su capacidad hegemónica.

El autoritarismo no consigue sino restringidamente su propósito de despolitización de la sociedad. Esto no se debe a fallas o vacilaciones de su sistema represivo sino más bien a la dilución de lo político en la vida social. Surgen entonces formas inéditas de politización o se modifican profundamente las anteriores. Se produce una sorda polarización que se expresa más que en posiciones políticas y partidarias en divergentes estilos de vida, de ética y concepciones de la realidad. Se rompe la unidad que había alcanzado la cultura nacional en el Estado de compromiso; se están desarrollando subculturas con escasa o superficial comunicación. Como referencia constante de la vida cotidiana hay un 'nosotros' frente a un 'ellos'. Los símbolos nacionales aparecen comprometidos con estos amplios grupos de identidad. Los espacios o instituciones de convergencia social y política se reducen, incluso las instituciones religiosas e cunénicas perciben con nitidez esas tensiones y polarizaciones.

Los conflictos no han desaparecido de este orden autoritario revelando como irrealizable el modelo autoritario de la sociedad de armonía natural. Los gobernados expresan en ellos su voluntad de participar en la solución de sus problemas. Surgen atomizados unos de otros, en medio de la dispersión social, superando dificultosamente las amenazas y el temor. Pocas veces llegan a desarrollarse más allá de ciertos límites y sólo excepcionalmente se resuelven. El Estado los rechaza, carece de procedimientos institucionales para regularlos y resolverlos. Su desarrollo podría revelar las relaciones de poder que oculta: la práctica y concepción autoritaria de la política. Declarándose resueltos el problema del poder y el orden los conflictos propiamente políticos son anatematizados y sofocados desde su inicio. Los sociales continúan produciéndose aunque excepcionalmente consigan cohesionar sectores importantes y alcanzar repercusión nacional. El Estado los presenta como irreales, es decir, indudable o probable

mente conflictos políticos encubiertos. Cree percibir allí indicios de una vasta conspiración. No puede concebir que surjan de la misma dinámica de reproducción de la vida social en estas condiciones. Los explica por la presencia de elementos externos al movimiento social que persiguen fines ajenos a éste.

El Estado autoritario refuerza, en cierto sentido, lo que creía haber anulado. Al negar a la política su espacio propio contribuye a que ésta se ha ubicada (24). Las decisiones de la autoridad sin explicación convincente se atribuyen a razones políticas. A su vez, las luchas sociales tienden a politizarse en la medida en que los movimientos sociales adquieren autonomía y conciencia de su poder social. En esta compleja dinámica de negación/dilusión de la política los espacios pre-políticos se politizan.

Si la estrategia autoritaria busca la des-subjetivación social, la pérdida de carácter de sujeto popular y social de los sectores subordinados, en la vida cotidiana continúa la "resistencia" y el esfuerzo de conservar y recrear la propia identidad (nacional, cultural y social).

La mantención del lenguaje habitual -que no ha sido permeado por los neologismos y redefiniciones del discurso autoritario- conserva una referencia a un sentido común y contribuye a la identidad colectiva. El recuerdo y el desarrollo de la conciencia histórica de los sectores subordinados ayuda a afirmar la identidad -por vía diferente a la de los símbolos y reiterativas apelaciones a la tradición del discurso gubernativo. Lenguaje común y memoria colectiva permiten a pensar en un nuevo proyecto colectivo.

Algunos actos públicos (culturales, religiosos, etc.) asumen un carácter privilegiado. Son espacios de encuentro, de integración de esperanzas, dolores y alegrías. Surgen nuevas formas nuevas formas de solidaridad que van más allá de lo asistencial, que ayudan a sobrevivir, a sobrellevar el dolor de las situaciones límites (miseria, persecución, cesantía, etc.). Estas situaciones y la reflexión sobre el dolor compartido redefinen y decantan la actitud ante la vida; contribuyen a que empiece a recrearse en el seno del orden autoritario la experiencia de la igualdad y la conciencia de intereses comunes.

Es en estas prácticas y experiencia que van constituyéndose sujetos autónomos y si es efectivo que la praxis engendra racionalidad, estamos en presencia de los gérmenes de una nueva racionalidad, una nueva forma de sociabilidad democrática y popular (25).

3. LA HIPOTESIS DE LA HEGEMONIZACIÓN PARCIAL

La anterior descripción sobre la política y acción social en el orden autoritario chileno examinada en relación al diseño de política hegemónica de la clau indicaría:

- a) La estrategia autoritaria hace sujetos sociales a los sectores dominantes en el Estado y en la sociedad civil y busca la destrucción del pueblo como sujeto político y de lo popular como mediación entre Estado y sociedad.

Intenta producir un proceso de desubjetivación que convierta en "masa de maniobra" los amplios sectores nacionales movilizados desde el comienzo de la década del sesenta y que fueron capaces de ejercer presión sobre el Estado y el capital logrando importantes reivindicaciones; fueron el principal sostén del régimen democrático en el Estado de compromiso y se propusieron la creación de un nuevo orden social. Con esta masa de maniobra trata de crear un hombre colectivo que rechace sin flexión lo rechazado por el sistema; emocionalmente condicionado; individualista; reticente a las prácticas colectivas y encerrado en su vida privada.

- b) Características fundamentales del autoritarismo chileno tales como la exclusión de la participación, el cierre de los sistemas de mediación y del sistema político, el uso permanente de la fuerza estatal indican que hasta ahora no hay un propósito de articular Estado y sociedad a través de la formación de consenso.
- c) Se ha producido una desarticulación de las anteriores demandas y sentimientos populares sin que hayan sido rearticulados en un sistema transformista. Sólo con algunas limitaciones los antagonismos anteriores se han transformado en diferencias. El actual modelo de acumulación al reducir los salarios de los sectores populares hace difícil "la hegemonización de las demandas de incrementos salariales por parte del discurso del poder" (26). A esto se agrega el que predomine una concepción no hegemónica del interés nacional como diferentes y opuestos a los intereses de los diferentes sectores nacionales.
- d) El poder ejercido por el Estado y los sectores dominantes aparece más como el resultado de la imposición y/o de la posesión de ventajas comparativas que como "dirección política e intelectual". Al parecer el autoritarismo no consigue que su interés particular revista la forma general, de modo que el bloque de poder aparece, principalmente, como un "grupo de intereses".

El conformismo frente a la racionalidad autoritaria-tecnocrática no implica su aceptación cultural. Creemos que el autoritarismo no consigue aún convertirse en un nuevo "sentido común" en el que pueda integrarse pensamiento y acción social: Su fragmentaria e incipiente ideología provenientes de diversas fuentes (Doctrina de la Seguridad Nacional, neoconservantismo, ideologías tecnocrática, etc.) no ha llegado a transformarse e incorporarse al sentido común.

- e) La integración social conseguida aunque parezca estable muestra fisuras importantes y requiere de constantes ajustes. El Estado tiende a confundirse con el gobierno y sólo en escasa medida opera como ámbito de integración y reconocimiento social. Sus decisiones son acatadas o aceptadas por la imposición y sin consentimiento social. Sólo excepcionalmente se las reconoce como necesarias.

Desde la conceptualización de Gramsci podría decirse también que el Es

tado autoritario chileno se encuentra en una fase económico-corporativa. En ella la sociedad civil se presenta como informe y caótica frente al Estado que asume un carácter autoritario; es excluyente de sectores y clases que no forman parte del bloque en el poder, se encierra sobre sí y carece por tanto de expansividad respecto a la sociedad. En este "período de lucha por la fundación y consolidación de un nuevo poder" en que predomina la coerción, lo militar y dictatorial.

La supremacía ejercida por el grupo dominante tiene carácter económico, se orienta a "reorganizar la estructura y las reales relaciones entre los hombres y el mundo económico de la producción". El esfuerzo estatal se concentra en la reformulación económica y los proyectos culturales quedan supeditados a ella. Predomina en lo cultural "la crítica del pasado que tenderá a olvidar y destruir". Consolidando la dominación estructural será posible conquistar una nueva hegemonía.

En este período no hay coordinación entre los intereses del bloque dominante y los de los sectores subordinados. Estos últimos no son considerados y los primeros se ejercen sin contrapeso. En la sociedad civil no se ha desarrollado un aparato organizacional hegemónico capaz de generar consenso. Esta es una fase pre-hegemónica.

La consolidación de la dominación estructural y el desarrollo de un aparato hegemónico cultural que dirija la sociedad conducen a una nueva fase ético-política en la que se sustituye el predominio del Estado sobre la sociedad civil por el del predominio de la sociedad civil. Esta fase corresponde en términos generales a la dominación hegemónica en la cual el Estado y bloque dominante poseen una política hegemónica (27).

Los análisis que hemos realizados permitirían señalar que el autoritarismo chileno se encuentra en una fase pre-hegemónica o bien que sólo es parcial o insuficientemente hegemónico.

4. LA HIPOTESIS DE LA HEGEMONIA FACTICA

El desarrollo precedente puede dar cuenta de aspectos importantes del proceso social chileno. Sin embargo, no puede responder a una pregunta central: Si el autoritarismo no ha llegado a ser hegemónico, ¿cómo se explica su eficacia práctica, es decir, su capacidad para dirigir la vida social? correlativamente, las dificultades de reconstitución del movimiento popular y de creación (o recreación) de una voluntad nacional democrática ¿No podrían estar expresando un proceso de hegemonización de nuevo tipo por parte del Estado y bloque de poder? De la hipótesis anterior parece colegirse que el surgimiento de un nuevo orden social requiere un desarrollo hegemónico de creación de consenso, proceso cognitivo y valórico de asentimiento. En Chile parece haber surgido un orden que, en ese sentido, no sería plenamente hegemónico pero el cual es cualitativamente diferente a la mera coerción, dominio o fuerza.

Este nuevo orden parece capaz de producir una forma sui generis de integración social, diferente cualitativamente al Estado de compromiso democrático,

que logra reunir y coordinar en la práctica a diferentes sectores nacionales. El poder, a través de un complejo proceso, parece haberse interiorizado y mediatizado. Se diría que está produciéndose una forma de dirección social que consiste en el condicionamiento de las conductas, el control de los cuerpos y de los actos más que en la aceptación conciente y racional.

Este proceso de transformación del poder en orden es notablemente expansivo y comprende los sectores populares incluso los más marginados. Estos, carentes de capacidad de presión, desorganizados, enfrentados al problema de supervivencia llevan a cabo un esfuerzo cotidiano de inserción en el nuevo orden. Realizan una "inversión en el orden: se invierte energía, ilusiones, conocimientos (...) se adapta el comportamiento a las supuestas 'reglas del juego' en miras de ser gratificado y recibir algún día sus retribuciones" (28). Esta inversión adaptativa suele ser menor en los sectores más desposeídos. Quien no tiene sino la insatisfacción de sus necesidades básicas apuesta toda su energía a la sobrevivencia en el orden. Las experiencias límites como el hambre, la cesantía y el temor, entre otras, privatizan, aíslan y despolitizan. La comprensión de estos fenómenos se ve dificultada por la vigencia de concepciones economicistas sobre las clases sociales y los procesos políticos. Se tiende a creer que la mayor oposición a un sistema de dominación debe encontrarse en los sectores populares en mayor medida marginalizados que "no tienen nada que perder"; que hay una relación proporcional o tendencial entre miseria y rebeldía.

El hambre, por ejemplo, encierra a la persona en su dolorida individualidad; esfuma su dimensión social, disminuye sus demandas a la sobrevivencia, deshistoriza y despolitiza. La cesantía, se vive de modo similar. Aunque el cesante sepa que su problema es colectivo al perder su trabajo ha perdido la posibilidad de conexión real con sus antiguos compañeros. Estos son y aparecen para él como sus competidores. Está urgido por resolver el problema del cual depende su subsistencia y la de su familia. Al prolongarse a su rol familiar trastorna sus relaciones personales, se ensimisma y tiende a conductas evasivas o autodestructivas (alcoholización, etc.), los vínculos nacionales se debilitan y busca emigrar. En no pocos casos se producen alteraciones reactivas de conducta.

Parte importante de los cesantes se incorporan al "sector informal". El proceso económico chileno ha significado la diferencia de los procesos clásicos de capitalización: la desproletarización de importantes sectores. La reducción cuantitativa y el cambio cualitativo regresivo del papel de la clase obrera en la sociedad chilena. Este "nuevo" sector se ha incrementado. No se trata sólo de un fenómeno de marginalización que afecte a los sectores populares. Se ha extendido con modalidades sui géneris a los sectores medios, especialmente de ex-empleados. Todos estos grupos por la diversidad de sus situaciones y su fraccionamiento son muy difíciles de organizar y de cohesionar.

Estos sectores aumentan su "inversión en el orden" y su solidaridad al mismo en la medida en que más difícil les resulte reconocer la inutilidad relativa de sus esfuerzos. Así su problema no es que haya nuevas "reglas de juego" sino cómo aprehenderlas e incluirse en ellas desplegando en ello una gran capacidad de espera y esperanza.

Este proceso adaptativo ha venido acompañado y reforzado por los cambios en la red de instituciones y organizaciones privadas propias del Estado de compromiso. Se han redefinido las relaciones entre individuos y organizaciones, generalmente, con un resultado de empobrecimiento de la posibilidad de afiliación y participación consiguiente. Las nuevas organizaciones independientes y relativamente aisladas realizan un importante esfuerzo de reconstitución de la sociedad civil devastada por la estrategia autoritaria.

El conjunto de transformaciones estructurales se liga a la reestructuración de organizaciones y ambos fenómenos se orientan a la extensión del mercado y a la mercantilización de las relaciones sociales. El Estado de compromiso era también una sociedad de mercado y el intervencionismo estatal se justificaba como un modo de asegurar la extensión y funcionamiento del mercado. El desarrollo de un circuito paralelo estatal o semi-estatal que influía en el mercado de trabajo, financiero, de importación y exportación, entre otros, fue paralelo al desarrollo del mercado en estas zonas.

Una de las innovaciones del Estado autoritario es la destrucción de este circuito paralelo estatal; la liberalización de todos los submercados y su programa de mercantilización para todas las relaciones sociales. En la actualidad el mercado aparece como: a) la organización técnica de la sociedad; b) su regulador natural en la asignación de bienes y servicios; c) el criterio de legitimación de la institucionalidad política; d) la medida de la eficiencia económica de todos y cada uno y e) el juez impersonal que recompensa o castiga según corresponda.

El mercado ofrece una participación diferenciada: a cada cual según su dinero o capital. El precio homogeniza y diferencia los bienes, o convierte en mercancía lo que habitualmente no lo era: las cualidades y conductas humanas, entre otros. De manera correlativa las personas pueden ser clasificadas y jerarquizadas de acuerdo a su posición en las diferentes áreas del mercado. La diversidad de necesidades tiende a reducirse a la necesidad de dinero. Las desigualdades en el mercado parecen poder atenuarse dentro de sus límites; el problema se traslada a conseguir individualmente una mejor inserción. En apariencia el mercado podría satisfacer todas las necesidades y demandas. La "impersonalidad" del mercado oculta las condiciones políticas y sociales desde donde provienen la desigualdad de la inserción.

El poder de la dominación se ejerce en cada una de las áreas del mercado, especialmente, en el consumo y en lo laboral. Las profesiones, capacidades, experiencias son discernidas en el mercado laboral de acuerdo a las variables necesidades del capital. El consumo no es sólo una dimensión privada, tiene una relevante dimensión pública. Diferencia, "identifica", excluye, potencia y concede simbólica y materialmente nuevas cualidades a sus beneficiarios. La ostentación no es un error de cálculo de la clase propietaria. Aumenta la pobreza relativa de la mayoría, avasalla y separa. Se convierte en modelo de vida y con ello reproduce la desigualdad. El anterior modelo económico industrializador y el énfasis en la inversión por ahorro interno conllevaba una imagen de sobriedad. El lujo del industrial refería de una manera directa al obligado ascetismo de sus asalariados. La situación actual es diferente. En una situación eco-

nómica alterada por los grandes flujos de deuda externa el dinero parece generar dinero y la distribución pareciera haberse convertido en fuente de valor. La riqueza de unos no parece guardar relación con la pobreza de los más. El mayor ingreso parece sólo proporcional a la eficiencia desplegada en el mercado, el bajísimo nivel de salario se ha convertido en una "ventaja comparativa".

La crítica de la "impersonalidad" del mercado puede hacerse al menos a dos niveles. Primero, develando los supuestos políticos y económicos que permiten el funcionamiento de las leyes del mercado como lo hizo Weber (29). Segundo, mostrando los procedimientos de control del mercado que confluyen a los conocidos: menos de concentración de propiedad e ingreso y el carácter oligopólico de la producción y distribución, entre otros aspectos. Por ahora solo quiere destacar su capacidad para regir la vida y la muerte de los sujetos a través de sus múltiples circuitos.

Las prácticas sociales inmersas en esta propagación y profundización de las relaciones mercantiles tienden a generar una nueva racionalidad y nuevos modos de relación a sí mismo, a los demás, a las cosas. El proyecto personal de vida tiende a estructurarse en una secuencia ascendente: trabajar-producir-consumir-ahorrar-trabajar más-producir más, etc. La propia vida se siente como un negocio, el tiempo como capital y las conductas como inversión y gasto. Se busca aumentar los rendimientos, maximizar el tiempo, habituarse al cálculo de utilidad y excluir lo gratuito. El sujeto se desdobra: una parte suya aparece como sede de preferencias, deseos e impulsos; la otra, como un computador que calcula costo-beneficios, el sujeto portafolio de Friedman. Los "desvaríos de la razón" se convierten en realidad; la ideología en un diseño de hombre colectivo. "El cálculo mercantil trata de absorberlo todo; y donde no puede establecer relaciones mercantiles efectivas, las establece por lo menos imaginarias. Se trata de un totalitarismo mercantil sin ningún límite al cual ya nada ni nadie debe escapar" (30). Ningún totalitarismo político pretendió englobar a tal punto la interioridad de los sujetos.

Exhibiendo el mercado tal capacidad de regular relaciones sociales el intervencionismo estatal se muestra como absoluta irracionalidad. Se trata de eliminar todo acceso no proporcionalmente monetario a bienes y servicios y toda política redistributiva. Así el sujeto en los más diversos momentos -ofreciendo su fuerza de trabajo, demandando bienes o servicios, en su esparcimiento- debe enfrentarse atomizadamente a un mercado monopolizado.

El orden mercantil-autoritario tiende a transformar los sujetos en el sentido de redefinir lo que eran sus demandas básicas anteriores de trabajo, vivienda, salud, etc.. El Estado no-intervencionista chileno se exige de responsabilidad frente a las demandas colectivas salvo en sus aspectos asistenciales mínimos. Las declara simples mercancías, ni deberes ni derechos, y remite al mercado. Sólo se estimula las necesidades, a nivel estatal, que el mercado en sus límites podría acaso satisfacer. Se sustituye la satisfacción de demandas básicas facilitando el acceso a algunos bienes de uso durable y la organización mercantil del tiempo libre (deportes, juegos, show de caridad, etc.) se ofrece como reemplazo de la participación social.

Se han producido profundas transformaciones en la conciencia nacional, especialmente en los sectores populares. El deseo de participación parece haber sido desplazado por la adaptación a las nuevas condiciones. La rebeldía y las tendencias libertarias se han atenuado considerablemente, no sólo por el temor. "Los rebeldes se transformaron en semi-rebeldes y estos en resignados" (31). La conciencia democrática cede lugar a la aceptación de la desigualdad institucionalizada y de la concentración de poder. La certeza ampliamente difundida en el movimiento popular de representar la renovación social, la superación de la crisis estructural de la sociedad chilena, retrocede visiblemente frente a esta contrarrevolución neoconservadora.

En su fase actual, la sociedad chilena parece experimentar una necesidad de orden y seguridad que en régimen autoritario satisface, en cierto sentido. Una parte importante de la población no se siente amenazada por la discrecionalidad del aparato estatal ni percibe la relación interna entre modelo político y económico y coerción. Las reformas estructurales aplicadas simultánea e inflexiblemente no encuentran respuestas importantes de rechazo. La oposición, por su parte, no encuentra modos eficaces de canalizar y explicitar las resistencias de los sectores afectados. Aunque se produzca rechazo en amplios sectores se generaliza el sentimiento de que corresponden a las "nuevas reglas de juego".

La experiencia histórica del decenio 1964-1973 se diría que ha producido un generalizado sentimiento de inseguridad y deseo de orden. La rapidez, extensión y profundidad de las "modernizaciones" de este período han diluido el recuerdo de lo que significaron las reformas estructurales del decenio anterior que conmovieron una sociedad de ritmo de cambio social y político. a) La excesiva ideologización; b) la dependencia del ritmo y modalidades de esas reformas a las variaciones que iba experimentando la configuración de las fuerzas políticas y sociales y, c) las modalidades que adquirió la lucha social y política del período, parecen haber contribuido a producir actitudes de desconfianza respecto a estas reformas que alteraban o pretendían reemplazar los patrones capitalistas tradicionales.

El centro político y la izquierda fueron muy perceptivos a las tendencias mayoritarias hacia el cambio social, pero no lo fueron hacia la aspiración de orden y definidas "reglas de juego" presentes también en la conciencia nacional. Se podría decir que no había una clara concepción del nuevo orden social al que se orientaban tales reformas. Ni la "revolución en libertad" ni "la vía chilena al socialismo" alcanzaron a convertirse en sentidos de orden alternativos. Tal vez no hubo el suficiente tiempo histórico, tal vez no lograron desarrollar un grupo de "intelectuales orgánicos" que descubrieran los modos de integrar estos programas de reformas a las prácticas sociales y políticas existentes. En modo importante habría contribuido a esa desfase el que la forma de conceptualizarlos era excesivamente tributaria de doctrinas y categorías eurocentristas.

El conjunto de procesos y condiciones mencionadas permiten afirmar que estamos en presencia de un nuevo tipo de dirección social, una hegemonía fáctica que reside y se reproduce cotidianamente por el curso de las cosas, por el peso de los hechos, que legitima el poder ejercido por el Estado y el bloque de poder.

Suele entenderse el poder de manera restringida e insuficiente. Se lo reduce a algunas áreas de la sociedad, con exclusividad la política y la economía. Se lo cosifica y determina como un producto o propiedad de organizaciones. Así se identifica metáfora y referente al hablar de "cuota" o "concentración" de poder. Se lo cree una institución, una estructura que existe y es poseída por realidades pre-constituidas de sujetos o relaciones sociales. Se lo percibe negativamente, especialmente en su capacidad impositiva y punitiva más que en su positividad, su actitud generadora de realidad. En suma, se le separa de las relaciones sociales y se lo considera lógicamente posterior a ellas.

Por lo tanto, resulta difícil o imposible comprender otra forma de hegemonía que a través de mecanismos fácticos consiste en la transformación del poder en orden. El poder en y de determinadas relaciones sociales transforma sujetos, produce y modifica el conjunto de las relaciones sociales. El poder autoritario y del capital no son potencias ajenas a la sociedad chilena; corresponden a una configuración global de la sociedad. La "autonomía" del poder semeja el fetichismo de la mercancía. En su movimiento oculta la trama de relaciones sociales que lo posibilitan y cristalizan. Creatura de la práctica social alienada, se ha "objetivado" y hoy pretende transformar sus generadores en sus súbditos, transformarlos a su medida.

La subversión del poder autoritario -mercantil se muestra como estrategia de disciplinamiento; como la capacidad de un bloque de poder organizado alrededor y en el estado para someter a la sociedad chilena a un proceso de disciplinamiento de acuerdo al doble criterio de obediencia y utilidad. Se trata de una técnica minuciosa de control social de las conductas a través del control de los cuerpos de los espacios de la medida y sentido del tiempo. La disciplina es eficaz y parca. Es lo opuesto a un proceso de concientización y de cambio en las prácticas por variación de las concepciones. La disciplina condiciona, enseña a hacer correctamente. Cumplido su ciclo, formado el sujeto disciplinado, no necesita de la persuasión, del consenso. La conciencia del dominado se ha hecho un conjunto confuso de representaciones fragmentarias y opuestas; de convicciones congeladas, conservadas por esfuerzos de voluntad e inercia pero incapaces de integrarse a su práctica.

Homogeniza desde fuera las prácticas, uniforma las diferencias individuales, reclasifica e instaura nuevas jerarquías. Es el poder del método y el método del poder autoritario. Es centralizada y produce la centralización; regulariza y elimina la espontaneidad. Su ejercicio convierte la sociedad en un sistema desordenado e indócil que debe ser configurado y "funcionalizado". Para ello se destruyen los antiguos modos de enlazamiento y filiación y se crean nuevos sistemas normativos de conexión entre los sujetos.

La hegemonización fáctica es la técnica de creación del hombre disciplinado que se mueve en consonancia de un conjunto de señales y advertencias, de premios y castigos, que aunque insatisfecho no puede ya concebir una nueva vida social. Es la fascinación del orden autoritario que constriñe, empobrece la vida, pero proporciona un cierto tipo de seguridad.

El orden autoritario es la creación de nuevas situaciones y la obligación

de definirse en favor o en contra, impidiendo el surgimiento de nuevas alternativas y de espacios de competencia hegemónica. Crean sujetos disciplinados, obedientes, útiles y posee una eficiencia negativa para dificultar o impedir el surgimiento y transformación de sujetos democráticos, de nuevos sujetos sociales autónomos, no sólo a través de la represión directa sino de los múltiples mecanismos capilares disciplinarios que recorren la vida cotidiana que condicionan y adaptan a la nueva situación. Se inhibe así los esfuerzos de recreación del movimiento popular; de encuentro y desarrollo de prácticas liberadoras; de poder invocar a la sociedad en conjunto; de crear nuevas formas de comunicación popular, nuevos espacios y situaciones de competencia hegemónica, de deslegitimación del orden autoritario.

5. CONSIDERACIONES FINALES

5.1 Límites de la Hegemonía Fáctica

La hegemonía fáctica parece ser hasta ahora el resultado exitoso de la estrategia de un bloque social minoritario que desde el aparato del Estado ha derribado el Estado de compromiso. Ha disuelto el pueblo, la mayoría popular organizada, como sujeto colectivo; ha organizado un nuevo sistema de dominación en el que aparece como mayoría formal, único partido y garantía del orden para una masa (subordinada) atomizada y confusa. La hipótesis de la hegemonía fáctica es una respuesta para el caso chileno de la pregunta clásica de la ciencia política: ¿cómo es posible que una minoría gobierne sobre la mayoría (cuantitativa) que acepta su dominación?

Esta nueva forma de hegemonización, aunque hasta ahora relativamente eficaz no es un proceso completo, cerrado. Presenta un conjunto de problemas referidos a su posibilidad de formalización (el problema de la legitimidad formal) como a los mecanismos de reproducción (coerción y mercado). No creemos que pueda hablarse de contradicciones sino de límites y tensiones en amplias zonas de la práctica social. Se producen en ellas sentidos que pueden ser articulados por una estrategia popular en un discurso de ruptura en el cual las diferencias se convierten en contradicciones (antagonismos) en y a través de los cuales se pueden constituir sujetos populares (32).

La primera de estas cuestiones se refiere a la fuerza estatal. En la hipótesis de la situación pre-hegemonica la fuerza estaba explícitamente incluida aunque su carácter protagonista disminuiría en la medida en que se va logrando la reestructuración económica y la creación de un eficiente aparato hegemónico en la sociedad civil. En la hipótesis de la hegemonización fáctica el poder se transmuta en orden; se interioriza a través del disciplinamiento produciendo los sujetos adaptados. Aquí el uso de la fuerza no es una manifestación normal y permanente del nuevo orden sino revela su defecto.

En la actual situación continúa presente en su diversas formas. Es una de las formas de control social en una sociedad vigilada donde los procedimientos de control se superponen unos a otros, donde nada ni nadie parece enteramente confiables. El movimiento represor que transforma a los sectores populares y opositores políticos en 'enemigos' de la 'guerra interna' no ha cesado y quizá

no pueda cesar. Un 'discurso de guerra' justifica estas prácticas y contribuye a la cohesión interna del bloque de poder.

La nueva Constitución forma parte de este 'discurso de guerra' (33). La 'nación' excluye a los que alteren o se presume que pudieran alterar el nuevo 'orden institucional' no sólo en el presente o futuro sino también en el pasado. La oposición es asimilada a la delincuencia, criminalizada; una forma especialmente grave que requiere que la cúpula del aparato estatal cuente con tal cúmulo de facultades represoras que difícilmente pueden encontrarse sistemas políticos análogos. El Estado reconoce la existencia de derechos privilegiando y absolutizando el derecho de propiedad y condicionando el ejercicio de los personales y políticos a la 'seguridad del Estado'.

Los textos jurídicos se leen habitualmente como formalización de prácticas existentes, pero el derecho expresa asimismo proyectos sociales, "la lucha por la creación de una nueva costumbre", "el tipo de convivencia colectiva en que la masa debe ser educada" (34). La práctica y el programa autoritarios se muestran aquí como la consolidación y profundización de la escisión en la sociedad. Un modo de reproducir la debilidad de la sociedad frente al Estado, incapacitándola de intervenir y negociar su propia modificación. Esta prolongación y profundización parecen cuestionar la hipótesis de la situación pre-hegemónica en la cual el Estado debería apuntar al fortalecimiento futuro de la sociedad civil no sólo en el aspecto económico - donde el Estado mantiene un rol relevante. En otros términos, existen considerables dificultades de que la situación pudiera evolucionar hacia un transformismo conservador en el cual "la clase burguesa se considera a sí misma como un organismo en continuo movimiento, capaz de absorber toda la sociedad asimilándola a su nivel cultural y económico" (35). Quizá porque en Chile los sectores dominantes no constituyen, en sentido estricto, una burguesía.

Estamos en presencia de una concepción coercitiva del orden. Esta parece ser una de las características permanentes de estos autoritarismos. "La proclamada 'anormalidad' de la situación, combinada con un liberalismo en 'la última instancia' hace descansar estos regímenes latinoamericanos, mucho más que a los fascismos europeos en la represión pura y simple (...) (estos) se plantearon desde el comienzo, como proyectos de construcción de una nueva hegemonía, basada en el consenso de las masas" (36).

Esta concepción y práctica del orden no responde a una amenaza real y actual, a una 'guerra de movimiento' de la oposición que obligue al Estado a defenderse. Parece corresponder más bien a una estrategia preventiva ligada a exigencias objetivas "que remiten esencialmente al indicador estructural de la tasa de crecimiento del capital constante" (37). El aumento de la composición orgánica del capital requiere reforzar los mecanismos de control de los conflictos sociales y políticos para evitar incidencias negativas sobre la tasa de acumulación, en un período crítico del desarrollo del proceso internacional de capacitación.

Si esta interpretación es correcta el destino político del autoritarismo chileno residiría, de modo importante, en su capacidad de inducir y mantener

la unidad nacional frente a los enemigos del orden situados fuera del sistema. Si el Estado consigue que el grueso de la población se cohesione definitivamente en torno suyo podría legitimar la coerción que ejerce. Es decir, la fuerza es legítima y legitimante si el Estado aparece como el único sostén del orden fuera del cual no hay ninguna otra alternativa. La recreación cualificada de la mediación de la nacional podría resolver parcialmente el problema de la escisión entre Estado y sociedad.

La segunda cuestión, ligada íntimamente a la anterior, se refiere a la legitimidad formal. En la hipótesis de la hegemonía fáctica el orden secreta su propia legitimidad, se autolegitima sin requerir del nivel cognitivo y valórico. Esta forma de legitimación parece precaria. El autoritarismo requeriría legitimarse legal y racionalmente. Esto significaría establecer efectivamente un formalismo legal donde se obedece no tanto por el temor a la sanción o el carisma del jefe sino porque la orden corresponde a ley. Asimismo se necesitaría burocratizar el poder, descentralizarlo, definir claramente atribuciones de organizaciones y personas, formalizar el proceso de toma de decisiones. Implicaría un proceso efectivo de despersonalización del poder que supere la actual institucionalización del liderazgo personal discrecional.

En la tradición histórica chilena significaría la delimitación de las facultades y atribuciones del Estado, (no sólo en el campo económico) un efectivo reconocimiento de los derechos de los ciudadanos. Traería la renuncia a la concepción oficial de la unidad del poder en el gobierno y de la doctrina de la identificación gobierno, Estado y nación, inspirados en la Doctrina de Seguridad Nacional. Obviamente que en 'período de transición' esas condiciones no se cumplen, como señalan incluso los sectores aperturistas (38).

El Estado autoritario sigue siendo un Estado liberal, como tal vive el "dilema" de esa forma de Estado. Debe asegurar, conjuntamente un modelo de acumulación que reproduce la desigualdad económica y social y un Estado de derecho que otorgue igualdad jurídica y formal (39). Esta carencia de legitimidad legal no constituye una crisis de legitimidad, participación, ni puede generar por sí misma crisis políticas. Es una cuestión no resulta potenciabile por una estrategia popular.

El tercer punto se refiere al mercado como mecanismo generador de hegemonía fáctica e integración social. A la posibilidad real de reemplazo del ciudadano por el consumidor; de la participación social y política por la competencia laboral y el acceso a algún tipo de bienes. Quizá una mayor inserción en el mercado podría sustituir el deseo e interés de contribuir a la formación de decisión colectiva, a la desprivatización del poder.

Una mayor inserción que no sea sólo simbólica, requeriría un mejoramiento de la situación laboral, del poder adquisitivo y de aumento del consumo.

Las modificaciones experimentadas en el consumo en este período son un fenómeno complejo y ambivalente que requiere cuidadoso estudio. Más que un aumento del consumo real hay una redefinición de rubros; un crecimiento de bienes de uso durable en detrimento del nivel de satisfacción en otros (salud, vivien

da, educación, cultura, etc.). El sentimiento de que dichas modificaciones produjeran causalmente apoyo al régimen revela la pervivencia de concepciones economicistas sobre el proceso político. Existe, sin duda, atracción masiva hacia las 'baratijas' (automóvil, electrodomésticos, etc.) que operan como símbolos precarios de autoafirmación y status; talismanes para iluminar vidas cotidianas vaciadas de sentido. La teoría de izquierda orientada al estudio de la producción y los aspectos objetivos del proceso económico ha soslayado estos problemas (40). El consumo tiene una creciente importancia política. En nuestro caso forma parte de la estrategia de disciplinamiento -como apuntábamos más arriba, al describir la función social del consumo- la que no puede ser entendida sólo como negación y castigo. Disciplinar por el consumo significa supeditar y controlar la satisfacción de necesidades a la obediencia y a la reproducción ampliada del capital. Significa empobrecer en forma absoluta o relativa al enriquecimiento de la minoría y, de otra parte, significa despertar apetencias.

La sobreoferta y la propaganda dirigida a sectores de alto ingreso afectan a toda la sociedad. Crean ilusiones, nuevas expectativas que no pueden, sin embargo, ser resueltas en los estrechos límites de esta economía dependiente de redistribución regresiva. El nivel de cesantía y el bajo promedio de ingresos minimiza las esperanzas de mejorar la inserción en el mercado laboral. El discurso autoritario se vuelve demagógico. Promete la creación masiva de nuevos empleos y proyecta en un más allá temporal la resolución de esa tensión; la mayoría podrá acceder al consumo elitario. Aunque así fuera el consumo no cumple lo prometido. El mismo mercado en su reproducción se encarga de disolver la satisfacción alcanzada. La frustración creada por esta forma alienada de consumo no se resuelve a su vez en los límites del mercado, sólo se reproduce. La experiencia de autoritarismos latinoamericanos más antiguos lo muestra. La reproducción automática de la sociedad autoritaria dependiente a través del mercado se revela como una utopía neoconservadora. Este pretende "el derrocamiento de la política" por la completa destitución y la instauración del automatismo del mercado.

La crisis que actualmente sufre la participación social no puede atribuirse sólo al temor o a una mayor integración colectiva en el mercado. Hay desmovilización y atomización del movimiento popular, empobrecimiento visible de la actividad grupal, una "privatización" que tiende a reproducirse. Aunque se apele al carácter nacional o a nuestra historia social difícilmente puede sostenerse que se trata de fenómenos momentáneos que desaparecerán tan pronto cambien las condiciones políticas. Quizá esta desmovilización exprese un más o evasivo cuestionamiento del modo habitual de concebir y practicar la acción social y política del movimiento popular.

5.2 Limitaciones del Análisis Realizado

Señalaremos ahora las que nos parecen más importantes:

- a) El análisis está referido sólo a la estrategia del Estado y el bloque de poder. No considera en la misma medida la respuesta popular durante el período. No logramos referirnos al proceso de la situación hegemónica que incluye ambas tendencias. Esta omisión importa porque empieza a

desarrollarse de modo especialmente espontáneo, más que reflexiva o coordinadamente, una estrategia democrática y popular, en mayor medida en los movimientos sociales que en la acción de las organizaciones políticas populares. En algunos puntos o zonas delimitadas, durante ciertos períodos de tiempo se ha producido pequeñas "guerras de posiciones". Ellas corresponden con frecuencia a los períodos culminantes de conflictos sociales.

b) Se ha tematizado la concepción de hegemonía en sus aspectos políticos y económicos sin considerar la hegemonización cultural. El estudio de la organización autoritaria de la cultura y la vida cotidiana durante el período es necesario para una visión unitaria del proceso hegemónico (42).

c) La breve extensión del período estudiado. Se diría que los procesos de hegemonización son de maduración lenta. En cualquiera de las dos hipótesis consideradas se intenta la creación de un nuevo "hombre colectivo", de profundos cambios de mentalidad, como dice el lenguaje gubernativo, de creación de nuevas estructuras sociales. Eso puede requerir quizá un lapso no menor a una generación. Para períodos menores como éste sólo podrían formularse hipótesis tentativas, conjeturas y proyecciones.

d) De forma tácita el análisis se realizó desde el punto de vista de la hegemonía nacional, como problema nacional. Eso es correcto siempre que no se olvide que la hegemonía es también un problema internacional. Política y culturalmente puede hablarse de hegemonía en el sistema internacional. Gramsci se refiere, por ejemplo, a la hegemonía de la cultura europea en el mundo. El concepto de hegemonización internacional presenta dificultades pues están en juego Estados, sociedades y aparatos hegemónicos nacionales. En otro momento querríamos explorar el tema de su dependencia y hegemonía. Se ha indicado que en un país dependiente habría 'hegemonía subsidiaria', tema íntimamente ligado al carácter de la dominación que ejercen las clases predominantes en países dependientes.

5.3 Algunas Conclusiones Provisorias

A pesar de éstas y otras restricciones nuestro análisis permitiría afirmar tentativamente: que

- a) No es efectivo que el autoritarismo se mantenga sólo por la coacción. Ha logrado múltiples formas de penetración en la sociedad que significan en cierta medida interiorización del poder. Y esto no constituye una característica especial de este régimen. La separación entre coacción, fuerza, dominación y consenso, 'dirección intelectual y cultural' y hegemonía es analítica. Una dominación carente completamente de hegemonía es una concepción límite, un anti-modelo formado por agregación de características de desequilibrio, conflicto y desintegración social que no corresponde a fases de sociedades reales. En nuestro análisis procu

ramos escapar del dilema simple de dominación hegemónica o no-hegemónica y examinar las características y tensiones de la hegemonización autoritaria en la sociedad chilena.

- b) Es necesario separar analíticamente el problema de la hegemonía y el de las posibilidades de duración de este autoritarismo. Estas dependen en parte importante de condiciones políticas y económicas internacionales diferentes al proceso interno de hegemonización; pero, correlativamente, las características que asuma el proceso interno condicionan la recepción e incidencia de la variación de las condiciones externas.
- c) Si lo que hay son situaciones hegemónicas, lo que implica en algún nivel y grado de competencia hegemónica, el tipo de dirección que establece a futuro el Estado y bloque de poder se vería dificultada si surge y se desarrolla una eficaz estrategia popular hegemónica.
- d) Hay una crisis de conocimiento sobre la sociedad chilena que se manifiesta no sólo en la insuficiente cantidad de investigación sino en la necesidad de revisar profundamente los criterios teórico-metodológicos y la perspectiva de análisis.
- e) El surgimiento de una nueva estrategia hegemónica popular requiere un conjunto de condiciones la mayoría de las cuales sólo puede explorarse en la práctica. Al parecer ellas indican hacia la necesidad de elaborar colectivamente una nueva concepción y práctica de la política, una política hegemónica popular.

Esta tendría que asumir la capacidad de la sociedad; la fragmentación de las prácticas sociales; las modificaciones de la conciencia nacional y popular y la permanencia modificada de antiguos rasgos entramados con los nuevos. En parte importante la crisis de la política democrática reside en la crisis de conocimiento sobre la realidad nacional y sus transformaciones.

La derrota sufrida no fue un hecho puntual, se prolonga y reproduce cotidianamente. Se diría que ha desplegado las inconsistencias, desarrolladas las contradicciones y dispersado al movimiento popular. Parece significar la crisis de los modos prevalentes en el Estado de compromiso de concebir y vivir la democracia; de analizar los sectores dominantes; las clases sociales, las Fuerzas Armadas; de evaluar los límites y posibilidades de las organizaciones populares (43).

El problema no se reduce, actualmente, sólo a mejorar la capacidad organizativa de las organizaciones del movimiento popular suponiendo pre-existentes sujetos y clases populares y democráticos con intereses, demandas e ideologías nítidas y sin que haya modificado la relación de representación a sus dirigentes políticos y sociales que hubo en el período precedente. Por las mismas razones no se resuelve sólo por una invocación a la práctica ni la preparación de un nuevo programa que recoja las características mencionadas de esos sujetos ya constituidos. Se

requiere el surgimiento de una nueva perspectiva libertaria que oriente la elaboración colectiva de un nuevo proyecto de liberación democrática, igualitaria y popular, capaz de expresar en el discurso y articular los sentidos de las prácticas democráticas y populares que se están produciendo; de cohesionar la vasta diversidad popular y de constituir el pueblo y la nación como sujeto de su propia historia. Así podría vertebrarse una voluntad nacional y popular de superación del autoritarismo y de creación colectiva de una democracia igualitaria.

- (4) E. Laclau: "La política y la cultura popular", p. 44.
- (5) E. Laclau: "Teoría...", p. 2.
- (6) J. L. Ruyra: "Obstáculos para la liberación del hombre latinoamericano", p. 6-12.
- (7) "Clases obreras, estudiantes y campesinos".
- (8) Sobre la forma como fueron subvertidos los discursos de "Democracia y autonomía", Cap. I y P. 10-11, ver: E. Laclau.
- (9) J. Topik: "La política de la izquierda en América y el rol político de la izquierda", p. 42.
- (10) A. Gramsci: "Socialismo y cultura", publicado en "Antología", Ed. Siglo XXI México y J. L. Ruyra: "Introducción", p. 42.
- (11) A. Laclau: "Democracia y heterogeneidad".
- (12) M. Laclau: "En busca del Estado en América Latina", Introducción.
- (13) M. A. Gramsci: "Intelectuales y cultura", publicado en "Antología", Ed. Siglo XXI México.
- (14) A. Gramsci y E. Laclau: "Estado y cultura".
- (15) T. Weyburn y E. Laclau: "Intelectuales y cultura", publicado en "Antología", Ed. Siglo XXI México.
- (16) Documentos en este respecto los trabajos de J. L. Ruyra: "El modo de producción autocrático" (1971), "La construcción autocrática del estado autoritario" y "La construcción autocrática del estado" (1971), "Documentos de Trabajo de ECLA-UNEP".
- (17) "Documento" del 11 de septiembre de 1970, "El momento de la izquierda", del 11 de septiembre.

NOTAS

- (1) Se puede encontrar una muy buena exposición de la concepción de Estado y hegemonía en Gramsci en "La concepción gramsciana del Estado" de J.E. García Huidobro.
- (2) "Tesis acerca de la forma hegemónica de la política" 1980.
- (3) N. Lechner: "Estado y política en América Latina"
- (4) E. Laclau: "Política e ideología en la teoría marxista", p. 111.
- (5) A. Gramsci: "La política y el Estado moderno", p. 66.
- (6) E. Laclau: "Tesis..." p. 5
- (7) J.L. Reyna: "Obstáculos para la democracia en América Latina" y F. Delich "Clase obrera: sindicatos y democracia".
- (8) Sobre la fuerza como forma subóptima de dominación. G.O'Donnell: "Dependencia y autonomía", Cap. 1 y F. Delich, art. cit.
- (9) J. Tapia: "La Doctrina de la Seguridad Nacional y el rol político de las fuerzas armadas", p. 42
- (10) A. Gramsci: "Socialismo y cultura", artículo en "Antología". Ed. Siglo XXI, México y J.E. García Huidobro, op.cit.
- (11) A. Ricci: "Hegemonía y democracia".
- (12) N. Lechner: "La crisis del Estado en América Latina", Introducción.
- (13) M.A. Garretón: "Institucionalización y oposición en el régimen autoritario chileno".
- (14) A. García y E. Tironi: "Cinco Proposiciones".
- (15) T. Moulian y P. Vergara: "Ideología y políticas económicas en Chile: 1973-1978".
- (16) Destacamos en este aspecto los artículos de J.J. Brunner: "El modo de dominación autoritaria" (1980), "La estructuración autoritaria del espacio creativo" y "La concepción autoritaria del mundo" (1979), Documentos de Trabajo de FLACSO-Santiago.
- (17) "Discurso" del 11 de septiembre de 1979. Diario "El Mercurio" de Santiago del 12 de septiembre.

- (18) Como se recordará la Constitución de 1925 se inspiraba en el principio de división de poderes de Montesquieu. Su concepción se apoya en una generalización: "nos ha enseñado una experiencia externa que todo hombre investido de autoridad abusa de ella (...) ni la virtud puede ser ilimitada". Por ello "el gobierno despótico (es aquél en que) el poder está en uno solo, pero sin ley ni regla, pues gobierna el soberano según su voluntad y capricho". Sobre la libertad política: "para que esta exista, es necesario un gobierno tal que ningún ciudadano pueda temer de otro. Cuando el poder legislativo y el poder ejecutivo se reúnen en la misma persona o en el mismo cuerpo, no hay libertad (...) (tampoco) si el poder de juzgar no está bien separado del poder legislativo y el de ejecutar". Las citas provienen de "El espíritu de las leyes" y vienen en la antología". Sobre la libertad política" p. 26-7-8 de Gonzalo Izquierdo. Ed. Universitaria de Chile, 1978.
- (19) J.E.García Huidobro, op.cit. p. 14.
- (20) M.Foucault: "Vigilar y castigar". Sobre este punto véase capítulos "Suplicio" y "Castigo".
- (21) Sobre las tendencias autoritarias que conllevan las doctrinas neoconservadoras y neoliberales vd. N.Lechner "El proyecto neoconservador y la democracia" y F.Hinkelammert: "Las armas ideológicas de la muerte" sección 2d.
- (22) T.Moulian y P.Vergara: "Ideología y políticas económicas en Chile: 1973-1978".
- (23) M.A.Garretón: "Institucionalización y oposición en el régimen autoritario chileno" y "Problemas de hegemonía y contrahegemonía en regímenes autoritarios".
- (24) L. de Rí: "El fin de la sociedad populista y la estrategia de las Fuerzas Armadas en el Cono Sur".
- (25) En este breve desarrollo he seguido la línea de exposición de X.Barraza: "Notas sobre la vida cotidiana en un orden autoritario".
- (26) E.Laclau: "Tesis acerca de la forma hegemónica de la política", p.5.
- (27) J.E.García Huidobro, op.cit. ,pp. 30 a 38. Las citas son de Gramsci.
- (28) X.Barraza, op.cit.
- (29) Señala Weber que:
 - 1) "Los precios en dinero son producto de luchas y compromiso, por tanto resultados de constelaciones de poder".
 - 2) "El cálculo riguroso del capital está, además, vinculado socialmente

a la disciplina de explotación y a la apropiación de los medios de producción materiales, o sea, la existencia de una relación de dominación".

- 3) "Sólo en conexión con la forma de distribución de los ingresos puede decirnos algo la racionalidad formal sobre el modo de abastecimiento material".

N. Lechner comenta: "Hay pues, según Weber, valores implícitos al funcionamiento 'objetivo' del mercado: la lucha de intereses, las relaciones capitalistas de producción, la distribución de los bienes según el poder adquisitivo de cada uno".

Las citas de M. Weber pertenecen a "Economía y sociedad", Ed. Fondo de Cultura Económica, México 1964, 2a ed. p. 84, citado por N. Lechner en "El proyecto neoconservador y la democracia", p. 50.

- [30] Vd. la notable crítica a Friedman de F. Hinkelammert "Las armas ideológicas de la muerte", p. 82-3.
- [31] M. Benedetti: "La Tregua" Ed. Universitaria de Chile, 1974.
- [32] E. Laclau: "Tesis acerca de la forma hegemónica de la política", (Anexo: "Ruptura populista y discurso").
- [33] Decreto-ley "Constitución política de la república de Chile" en especial artículos 8º, y 41º y en las "Disposiciones Transitorias", artículos 24º. También: Ministerio del Interior: "Decreto-ley N° 2621", llamado ley antiterrorista, "Diario Oficial" N° 30.351, 28 de abril de 1979.
- [34] A. Gramsci, cit. por J.E. García Huidobro, op.cit., p.15.
- [35] Idem. p. 16.
- [36] E. Laclau: "Democracia y lucha socialista en América Latina". En una orientación similar se refiere J.J. Brunner a la "dominación autoritaria, que es una forma de dominación que descansa preponderantemente en relaciones de coerción y que se expresa mediante la capacidad de un grupo o clase para organizar el disciplinamiento de la sociedad", en el art. "El modo de dominación autoritario", p. 8.
- [37] P. Ibañez y M.A. García: "Sobre la crisis actual del Estado de derecho". Se sintetiza allí la interpretación de Agnelli y Off sobre la crisis de legitimidad en los países de capitalismo avanzado. Hemos extendido en este punto esa interpretación al caso chileno.
- [38] Diario "El Mercurio" de Santiago: "La semana política", agosto de 1980.
- [39] N. Lechner: "Estado y política en América Latina".

(40) P.Bengo: "Pan y Baratas", art. en este mismo número de "PROPOSICIONES".

(41) En estos aspectos además del artículo de X.Barraza op.cit., los estudios de J.J.Brunner, op.cit. y N.Lechner: "Vida cotidiana y ámbito público; un proyecto de investigación", (1981) Documento de Trabajo de FLACSO-Chile.

(42) Un importante aporte lo constituyen los artículos de E.Tiróni: "Inventario" y de J.Martínez: "Hacia una alternativa popular de integración".

BIBLIOGRAFIA

- Barrada Ximena (1980) : "Notas sobre la vida cotidiana de un orden autoritario", Rev. Araucaria N° 11 Ed. Michay, España.
- Bengoá José (1981) : "Pan y Baratiñas", Rev. PROPOSICIONES N° 3 Ed. de SUR, Chile.
- Brunner José Joaquín (1980) : "El modo de dominación autoritario", Doc. de Trabajo, FLACSO-Chile.
- Delich Francisco (1980) : "Clase obrera: sindicatos y democracia", artículo en Rev. Crítica y Utopía N° 2, (96-101), Ed. El Cid, Argentina.
- De Ríz Liliana (1980) : "El fin de la sociedad populista y la estrategia de las fuerzas populares del Cono Sur", Art. en Rev. Nueva Sociedad N° 47 (72-79), Venezuela.
- Foucault Michel (1975) : "Vigilar y Castigar", Ed. Siglo XXI, 3a Ed., España.
- García Alvaro y Tironi Eugenio (1979): "Cinco Proposiciones", Doc. de SUR, Chile.
- García Miguel Angel e Ibañez Perfecto (1979) : "Sobre la actual crisis del Estado de derecho", artículo en Rev. Zona Abierta N° 21 (139-149), sep-oct., España.
- Garretón Manuel Antonio (1980) : "Institucionalización y oposición en el régimen autoritario chileno", Papers del Latin American Program, Woodrow Wilson International Center. Smithsonian Institution, USA.
- (1980) "Problemas de hegemonía y contrahegemonía en régimen autoritarios". Presentación en el Seminario "Hegemonía y alternativas políticas en América Latina", Instituto de Investigaciones Sociales, Morelia UNAM, México.
- (1976) "De la Seguridad Nacional a la Nueva Institucionalidad: notas sobre la trayectoria ideológica del nuevo Estado Autoritario", Rev. Foro Internacional N° 73, México.

García Huidobro Juan Eduardo (1980)

: "La concepción gramsciana del Estado", Doc. del Seminario "Hegemonía, política y cultura" de CENECA-FLACSO-SUR y VECTOR. Publicado en Doc. de Trabajo del Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación (CIDE), Chile.

Gramsci Antonio

: "La política y el Estado Moderno", Antología J. Solé-Tura, Ed. Península, 1971 España.

Hinkelammert Franz (1977)

: "Las armas ideológicas de la muerte", sección 2d. Ed. Universitaria Centro Americana (EDUCA), Costa Rica.

Junta de Gobierno de Chile (1980)

: "Constitución política de Chile", Decreto-ley, Diario "El Mercurio" de Chile, 10 de agosto.

Laclau Ernesto (1978)

: "Política e ideología en la teoría marxista", Cap. "Populismo" y "fascismo". Ed. Siglo XXI, España.

(1979)

"Democracia y lucha socialista en América Latina", entrevista en Rev. América Latina N° 1 (119-126), México.

(1980)

"Tesis acerca de la forma hegemónica de la política". Seminario de "Hegemonía y alternativas políticas en América Latina", Instituto de Investigaciones Sociales, Morelia, UNAM, México.

Lechner Norbert (1977)

: "La crisis del Estado en América Latina", Ed. El Cid, Venezuela.

(1978)

"Poder y orden: la estrategia de una minoría consistente" en Rev. Mexicana de Sociología, 4/78.

(1980)

"Estado y Política en América Latina", Doc. de Trabajo de FLACSO-Chile.

(1981)

"El proyecto neoconservador y la democracia", Doc. de Trabajo de FLACSO-Chile.

- Moulian Tomás y Vergara Pilar (1980) : "Ideologías y políticas económicas en Chile: 1973-1978", art. en Rev. Estudios CIEPLAN N° 3 (65-120) de junio. Ed. Corporación de Investigaciones económicas para América Latina, Chile.
- O'Donnell Guillermo (1973) : "Dependencia y Autonomía", Ed. Amorrortu, Argentina.
- (1977) : "Reflexiones sobre tendencias de cambio en el Estado Burocrático-Autoritario", art. en Rev. Mexicana de Sociología, ene-ro-marzo (9-54), México.
- Reyna José Luis (1980) : "Obstáculos a la democracia en América Latina": una reflexión en torno a la clase obrera", art. en Rev. Crítica y Utopía N° 2 (78-75), Ed. El Cid, Argentina.
- Ricci Aldo (1978) : "Hegemonía y democracia", Ed. Cuaderno de Mondo Operario, Italia. Reproducido en la Rev. Crítica y Utopía N° 2 (102-118), Ed. El Cid, Argentina, 1980.
- Tapia Jorge (1980) : "La Doctrina de Seguridad Nacional y el rol político de las Fuerzas Armadas" art. en Rev. Nueva Sociedad N° 47 (23-46), Venezuela.
- Tironi Eugenio (1980) : "Inventario", art. en Rev. PROPOSICIONES N° 2, Ed. de SUR, Chile.

SOBRE LA ALTERNATIVA POPULAR DE INTEGRACION

JAVIER MARTINEZ.

Ponencia presentada al Seminario "Hegemonía, política, cultura", organizado en Santiago, por CENECA - FLACSO - SUR - VECTOR, enero de 1981.

Las notas que siguen buscan ser útiles para pensar algunos de los problemas implicados en la construcción de un proyecto hegemónico popular. Son principalmente un conjunto de distinciones y proposiciones orientadas a perfilar el problema más que a articular una verdadera respuesta del mismo. En la breve exposición que sigue se ha procurado por otra parte no repetir, en la medida de lo posible, las argumentaciones que con mayor profundidad y profusión de antecedentes se han venido presentando en el último tiempo en nuestro medio intelectual alternativo. Ellas forman parte ya de una cultura compartida que parece innecesario recordar, pero a la que se debe la totalidad de las ideas aquí contenidas, las que sólo agregan la responsabilidad y limitaciones de su autor.

Se hace uso aquí repetidamente de un lenguaje "funcionalista", en particular del término "integración social"; ello es plenamente deliberado: de una parte, no quisiera presentar en "gramsciano" o en "marxista" una reflexión que en lo que a mí respecta, al menos, se emparenta demasiado estrechamente con una problemática funcional. Por otro lado, quizá tales parentescos sean buenos estimulantes contra el trauma ideologista, que suele alejarnos de los conceptos por su solo sonido y reputación.

En lenguaje funcionalista, como se sabe, hablar del problema de la integración social alude a dos cuestiones estrechamente relacionadas: en primer lugar, a un conjunto de mecanismos orientados a la integración (estructuras de roles especializadas en esa función); y, en segundo lugar, a un sistema simbólico de referencia, de determinado contenido, a partir del cual los sectores forman expectativas y orientan su acción. Estas dos dimensiones son las que articulan esta breve presentación, partiendo de la idea de que la "lucha por la hegemonía" es básicamente la lucha por establecer los ejes de integración sobre los que habrá de reproducirse la vida social en Chile. Se busca plantear un contorno teórico del problema sin dar cuenta de los procesos concretos que se han venido desarrollando en estos años y que son materia de un análisis especial (y ojalá preferente) en el seminario.

La idea central que aquí se sostiene es que el régimen instaurado en 1973 ha avanzado profundamente en la destrucción del orden social preexistente en

Chile, acabando con las bases de integración que éste proveía; con ello la política se ha trasladado de lugar (de la representación y el gobierno a la constitución de una cultura cívica alternativa) y sus antiguos instrumentos y legalidades se vuelven obsoletos. Por otra parte, el régimen militar no ha logrado crear las bases para la reproducción de un nuevo sistema de consensos sociales sin la presencia permanente de la acción coactiva, aunque la recurrencia o uso ha dado vigencia autosostenida a un sistema de castigos individuales en los planos de la política y del mercado. Una respuesta popular exige, ante todo, superar la relación individual con el mercado y la política, y se plantea principalmente como la construcción de un proyecto de comunicación social.

1. La Desintegración y el lugar de la Política

El derrocamiento de la institucionalidad política (no sólo de un gobierno) en 1973, y la puesta en acción de una política económica de irrestricta apertura al exterior bajo el comando del capital financiero, han terminado con los factores integrativos principales en que descansaba la estabilidad del orden social precedente en Chile.

a) En primer lugar, ha desaparecido, como es obvio, el juego negociador de un sistema político que logró integrar bajo su "arbitraje" a los sectores sociales mayoritarios del país. La política, con ello, ha dejado de ser esa actividad de mediación y representación de intereses sociales ante instancias institucionales de decisión comúnmente aceptadas, como se la entendiera en el pasado.

Hasta 1973, la lógica que definía la acción política era efectivamente la lógica del Estado liberal-representativo. La labor de organización, transmisión, presión y fiscalización de las demandas sociales definía el quehacer de los sujetos políticos principales: los partidos, encargados de representar estas demandas en las instancias institucionales en que se acordaba la asignación de los recursos materiales y simbólicos de índole pública.

(Es importante señalar que aún las versiones más "radicales" de la política tenían este sello característico: buscaban representar, con mayor ampliación y urgencia, las demandas consideradas más impostergables frente a lo que se percibía como una burocracia lenta y clasista. Pero, se trataba siempre de representar esas demandas ante el poder público. Incluso, en algunos casos-límite, en que algún sector buscó imponer vías de hecho "al margen" (como se decía) de las decisiones del sistema político, el referente principal era el sistema político y su lógica de representación y no la exterioridad que esos sectores se atribuían ideológicamente: en la ausencia real de alguna fuerza efectiva e independiente capaz de disputar el monopolio coercitivo del Estado, la "acción de hecho" se fundaba más bien en el cálculo de los costos de representación que implicaba para la alianza en el poder la presión del sector movilizado; se trataba pues de "jaques" tácticos orientados a conseguir algún desplazamiento del rey, pero en modo alguno de volcamientos del tablero destinados a provocar el fin del juego).

No existiendo el campo en que mediar y representar los intereses sociales, los partidos políticos pierden su necesidad frente a los sectores sociales como instancias constituyentes de movimientos efectivamente nacionales (operando la transformación de los intereses parciales en demandas y éstas en perspectivas globalizadoras) y dotados de eficacia para la obtención de decisiones públicas. Las plataformas y programas no logran así agregar la energía social que requieren para hacerse movilización en cambio las más de las veces, al vacío de un auditorio escéptico. Este proceso tiene un sello definidamente desintegrador si se tiene en cuenta que en nuestro país, como se ha dicho muy acertadamente, "la arena político-partidaria fue el principal instrumento de constitución y autoreconocimiento de un movimiento social; el lugar en el cual una clase, grupo o categoría social se reconocía a sí misma, más que como un puro agregado relativamente homogéneo, como un movimiento persiguiendo intereses; la herramienta a través de la cual esos intereses podían competir por realizarse e intentar también universalizarse" (1).

b) En segundo lugar, se ha operado una transformación muy profunda de la economía, que puede caracterizarse también -desde el ángulo general de visión que aquí nos interesa- como una transformación desintegradora de la estructura económica nacional (que tiende a pasar de la interdependencia a la yuxtaposición de actividades).

Los paradigmas teóricos del desarrollo nos habían acostumbrado -de Spencer a Marx- a considerar el proceso económico con una perspectiva de sello evolucionista: el crecimiento era el resultado de una creciente diferenciación, pero ésta traía a su vez consigo una cada vez mayor interdependencia entre las actividades económicas. Tal paradigma obtenía una cierta evidencia empírica en el desenvolvimiento efectivo del proceso industrializador, dentro de los marcos proteccionistas de la estrategia de sustitución de importaciones.

Sin embargo, no sucede lo mismo en el contexto de la irrestricta apertura externa realizada por el régimen militar: el crecimiento espectacular tanto de la importación como de la exportación rompió, en beneficio del capital financiero, los necesarios lazos intersectoriales de la actividad económica estableciéndose nuevas relaciones de cada sector con actividades realizadas en el exterior. Sucede pues una suerte de "salto copernicano" en el proceso de desarrollo, por el cual éste pasa a ser mejor descrito como un crecimiento radicalmente desigual y cada vez menos interconectado de las actividades.

Las consecuencias de este fenómeno son muy importantes: el efecto multiplicador de lo que sucede en cada rama de la actividad económica -de las alzas o caídas en sus niveles de actividad- es cada vez menor y, en consecuencia, lo que sucede en cada sector es de cada vez menor "interés público". Es ésta la base material de la prescindencia de acción del Estado en los conflictos laborales, por ejemplo, y del escaso efecto nacional que éstos alcanzan

(1) M.A. Garretón: Procesos Políticos en un Régimen Autoritario. Dinámicas de Institucionalización y Oposición en Chile, 1973-1980. FLACSO, Docs. de Trabajo N° 104, Santiago, Chile, diciembre 1980, p. 39.

en relación con el pasado; lo es también de la creciente heterogeneidad de la clase obrera misma, que debe agregarse a los factores políticos que dificultan su articulación nacional, y de la propia disminución de su importancia cuantitativa.

c) En tercer lugar, se ha operado una profunda desmovilización social (2), expresada en una crisis radical de los flujos de comunicación (incluyendo los medios masivos, los transportes, la circulación de medios y objetos culturales, las relaciones interpersonales directas).

Este tercer aspecto de los fenómenos tendientes a la desintegración tiene con respecto a los otros dos señalados más arriba una conexión que cabe sin embargo diferenciar.

La desmovilización es, en parte, una resultante natural de la castración política de la sociedad y de una economía cuya dependencia define como yuxta posición más que como "red" de actividades: la necesidad de los flujos comunicativos pasa a situarse en niveles muy inferiores a los del pasado.

Para utilizar un símil orgánico (como aquellos tan socorridos en los escritos funcionalistas), digamos que este proceso conforma una cierta anemia de la sociedad, que hace lentas sus reacciones y movimientos (es como si la sociedad padeciese de una pesada somnolencia: los tiempos que ayer se contaban en días son hoy materia de meses y aún de años), y que esta "anemia" se origina en una deficiente alimentación política y económica. Tales deficiencias aparecen a su vez entremezcladas: son de calidad (estables) y de cantidad (variables), de allí que el repunte en los niveles de la actividad económica o la apertura de algunos "espacios" políticos -modificaciones de cantidad- tengan siempre un efecto positivo sobre los flujos de comunicación.

Ahora bien, es en este terreno de la movilización -de los flujos de comunicación en su acepción más amplia-, es decir, en el "sistema circulatorio" de la sociedad, donde debe realizarse hoy día, a mi juicio, lo más central y decisivo de la política popular. Los instrumentos a partir de los cuales se desarrollaba la política como representación o como gobierno (los partidos y el aparato administrativo del Estado) deben alcanzar una redefinición en este nuevo terreno, para constituirse en instrumentos de fundación de una nueva cultura cívica.

La nueva sociedad que se busca fundar desde el Estado difícilmente logrará en efecto dar origen a una nueva cultura cívica compartida, requisito indispensable de la cual ha de ser la creación de un espacio participativo común para todos los ciudadanos.

Tanto un sistema político esencialmente militar como un mercado excluyente en sus beneficios, que son los pilares característicos del actual régimen,

(2) Utilizo este concepto en el sentido que le ha asignado Karl H. Deutsch. Véase The Nerves of Government.

se acercan bastante a la imagen opuesta de ese requisito indispensable.

Sin embargo, ha de cuidarse la conclusión demasiado rápida de que en consecuencia "las propias contradicciones del régimen" harían por sí mismas la labor que la oposición no ha logrado hacer.

En lo que toca al sistema político, la explicación de este resguardo fue hace tiempo puesta por Dostoiéwski en boca de un imaginario inquisidor jesuita: "Con nosotros, todos se sentirán felices, sin que se les ocurra sublevarse, ni destruirse mutuamente. ¡Oh! les persuadiremos de que sólo pueden ser libres renunciando en nosotros su libertad y sometidosenos. (...) Ellos mismos se convencerán de que tenemos razón, al recordar los horrores de esclavitud y de desorden a que les condujo tu libertad (*). La independencia, el libre arbitrio y la ciencia los pondrán en tales aprietos y cara a cara de tales maravillas e inescrutables misterios, que muchos, los violentos y fieros, se destruirán a sí mismos; otros, también violentos, pero débiles, se aniquilarán mutuamente, mientras los que queden, flacos y desdichados, se arrastrarán a nuestros pies, gimiendo: "Sí, tenéis razón, sólo vosotros poseéis su misterio, y a vosotros volveremos: salvadnos de nosotros mismos!". (3)

Esta es, básicamente, la misma explicación que cabe dar respecto a la "adhesión" generada por un modelo económico excluyente: más que una integración a sus beneficios, el régimen ha logrado incluir a cada vez mayores sectores de la población entre aquellos que han de temer, entre los que sufren los riesgos de cambios súbitos en el mercado: la vía no ha sido la de repartir recompensas, sino la de blandir castigos. Como lo señala M.A. Garretón; "más que integrar consensos y apoyos en un modelo global de sociedad, se intenta (en este tipo de regímenes) encontrar en la atomización la referencia a intereses particulares que hagan aceptable la situación riesgosa o amenazante la alternativa de cambio". (4)

Lo que sí cabe señalar es que el campo de la integración de las clases populares es en gran medida un terreno libre, que el régimen no puede llenar con una orientación positiva consistente; la estabilidad apela a una lógica de auto-preservación, pero ella es éticamente vacía (o, por la vía del consumo inducido, ello es productora de un vacío ético). Más aún, la lógica de autopreservación que se induce a los ciudadanos se impone sobre un campo de valores arrasados en nombre de la pura fuerza, lo que da origen desde el comienzo a una cierta subcultura política muy extendida que permanece "congelada" desde el golpe militar.

2. Contenidos de un Proyecto Popular Integrador.

La base de una lógica de autopreservación (y sus derivaciones habituales: empirismo cívico, pragmatismo, hedonismo, etc.) es el establecimiento de una

(*) *Se dirige a Cristo reencarnado (J.H.)*

(3) *Los Hermanos Karamazov, Cap.V. "El Gran Inquisidor", en que Iván relata a Sliócha su penetrante visión sociológica del problema de la religión.*

(4) *M.A. Garretón, op.cit., p. 9.*

relación de naturaleza exclusivamente individual entre los actores sociales y los mecanismos de alocación de recursos (el mercado y la política). De allí que el desarrollo de una alternativa sea, principalmente, un problema de comunicación y sus problemas puedan ordenarse bien en torno de las ya viejas preguntas de las comunicaciones. Quién dice qué, a quiénes y por qué medios. Veamos uno por uno estos problemas:

a) Quién. Este es el problema del sujeto político capaz de lograr la movilización-integración del conjunto de las clases subalternas, que cabe tratar aquí en su dimensión más descriptiva como el "tipo" de partido necesario.

¿Cuáles son las características que se requieren del sujeto político que busca constituirse en integrador y comunicador (más que sólo en representante o gobernante)?

En primer lugar, la de convertirse en lugar de encuentro de dimensiones vitales diversas y no sólo en una formación de combate que gira en torno del problema exclusivo del poder político. Un "partido" que busca ser constructor de una nueva perspectiva hegemónica ha de apelar al hombre en su conjunto y no sólo al "cuadro"; ha de convertirse a sí mismo en una micro-sociedad del futuro, en la cual todos los intereses sociales del campo popular encuentren un lugar de expresión. Un partido que se propone el desarrollo de una perspectiva hegemónica popular es por ello, esencialmente, un partido "de masas" y no "de cuadros": aspira a servir como lugar de constitución de la masa misma en sujeto de la historia, y no a reemplazar su rol protagónico a través de una conspiración que se desarrolla en su nombre.

En segundo lugar, se deriva de lo anterior la necesidad, para un "partido" de este tipo, de convertirse en un instrumento de creación cultural: el desarrollo de una nueva perspectiva hegemónica es incompatible con la idea del partido como cristalización de una ideología particular o verdad establecida. Tal cristalización es indispensable como elemento unificador de la acción y la iniciativa en las formaciones de combate, pero se transforma en un lastre dogmático si se ha de recoger la variada gama de dimensiones sociales que requiere la constitución de una nueva cultura cívica. Como es evidente esto implica también una vida interna democrática que destierra el fetichismo de las jerarquías como instancias principales de cautela de un "plan de acción".

La relación dirigentes-dirigidos, así como aquella entre partido y movimientos sociales, se aleja del modelo profético de "revelación de la verdad" para acercarse al del concurso por la convicción racional.

En tercer lugar, un sujeto político que aspire a ser constructor de una nueva perspectiva hegemónica ha de estar profundamente enraizada en la historia política del movimiento popular nacional. Surge como una lectura de esa historia -y en esa lectura expresa su voluntad transformadora-, para proyectarla sobre el presente como una propuesta renovada. El enraizamiento en la historia del movimiento popular no impide desde luego la autocritica, que ha de ser un signo característico de la misma lectura de esa historia. Pero es en cambio la base material de su carácter de construcción colectiva, contra la idea de la formación mesiánica, que surge como conciencia intelectual exte

rior al movimiento popular histórico efectivo, construido por los hombres de carne y hueso que han precedido a la constitución del "partido" de nuevo tipo. En la construcción de la nueva cultura cívica, la historia ha de concebirse por una parte como crítica y por otra como continuidad, siguiendo aquí la máxima de aquel antiguo político liberal: "acostumbremos a la juventud a oír en salzar a aquellos que lo han merecido, y perdonemos a nuestros grandes hombres haber sido nuestros conciudadanos". (5)

Ahora bien, este sujeto político es un "partido" en el sentido de que es la encarnación de una voluntad continua, que no se agota en la resolución de cada coyuntura sino que las va enhebrando una tras otra en la prosecución de su perspectiva de integración social: es por ello, a la par que un lector de la historia cotidiana, una instancia de orientación de la acción del movimiento social frente a cada encrucijada que esa misma historia presenta. Se abre, por ello, el tema de la multiplicidad o pluralismo de partidos al interior de un bloque popular cuyo tratamiento exige pasar al segundo nivel del problema comunicativo que tenemos planteado.

b) Dice qué. Este es un problema crucial, en torno del cual ha girado gran parte de la discusión de la oposición al régimen militar en estos años. Es un hecho que en 1973 -y desde antes incluso- se hizo evidente una crisis de agotamiento del estilo de desarrollo prevaleciente en Chile desde el fin de la anarquía política de la primera mitad de los años treinta. Es un hecho también que el modelo impuesto por el régimen militar (entendido como un modelo coherente de sociedad, Estado y economía) representa un proyecto que parte del dato de esa crisis y da cuenta de ella, lo que otorga a la iniciativa del régimen un carácter fuertemente innovador, y, si vale la expresión, "progresista": no se trata de una nueva vuelta atrás, sino de una verdadera refundación de la sociedad que se inserta en las nuevas condiciones y tendencias del sistema capitalista mundial.

Sin embargo, no deja de ser curioso constatar que la oposición democrática parece pasar por alto la crisis efectiva del estilo de desarrollo precedente; esto se aprecia con claridad en la crítica que la oposición hace de las medidas del régimen, en que el paradigma alternativo termina por ser siempre el del pasado inmediato como si él fuera repetible y no hubiera de enfrentar las mismas encrucijadas a las que el país se vio sometido a comienzos de los años setenta.

Un primer requisito para la construcción de una perspectiva hegemónica popular es, por ello, el de dar cuenta de esa crisis de agotamiento proponiendo una lectura de la misma capaz de fundar una alternativa con proyección de actualidad y futuro.

La visión que busca imponer el régimen no es, desde luego, la única ni la mejor lectura de la crisis de nuestro desarrollo nacional en los primeros años de la década que acaba de concluir. La encrucijada podía resolverse, como se hizo, haciendo que el sistema político reflejara fielmente el imbalance de

poder propio de nuestra estructura económica capitalista. Pero podía resolverse también profundizando el control democrático de toda la sociedad sobre las decisiones económicas, extendiendo la esfera de las decisiones públicas en lugar de reducirlas, haciendo prevalecer la democracia sobre el mercado como mecanismo de alocación y criterio de eficiencia.

Una lectura de esta especie, si ha de ser algo más que un recurso retórico, debe concebir el "socialismo" como una prolongación de la democracia política a la esfera económica (lo que supone desde luego un compromiso profundo con la propia democracia política), prolongación necesaria en la misma medida en que las actividades económicas (por el grado de desarrollo) alcanzan, esto es, por el grado de su socialización o interdependencia alcanzan el estatuto de actividades de interés público: actividades cuyo desarrollo concierne al conjunto de la sociedad.

El compromiso popular con la democracia es la base de su proyecto de integración social y no sólo un compromiso "táctico": es a partir de los valores universales de la democracia, que trajo al conjunto de la humanidad la revolución burguesa, que un proyecto popular realiza la crítica de las limitaciones burguesas de la democracia: limitaciones que se refieren a restricción de las materias de decisión pública y no a los principios permanentes del sufragio universal, de la división de poderes, etc.. Un proyecto popular es la continuación consecuente de la revolución liberal, que ha sido negada por las clases que fueron sus portadoras.

El hecho de que el conjunto de la oposición al régimen militar recurra al pasado como paradigma de crítica al presente, es un síntoma de la diversidad de lecturas que en el seno de esa misma oposición subsisten acerca de la crisis de la democracia chilena y del estilo de desarrollo precedente. Sin embargo, a medida que se ha venido asentando el proyecto del régimen, se ha clarificado que la alternativa entre gobierno y oposición es algo más que eso: es una alternativa constitucional entre el "bloque del mercado" y el "bloque de la democracia", al interior de cada uno de los cuales existen -como en todo arco constitucional- una diversidad de partidos que prefiguran a su vez, en germen, a gobierno y oposición. Por esta razón, la profundización del contenido democrático del proyecto popular (y de la relación entre democracia política y democracia económica) es la clave para la constitución de una verdadera alternativa hegemónica en el Chile actual. En este sentido, la profundización de un pensamiento socialista libertario parece de capital importancia para la constitución política de un bloque opositor que supere la nueva agregación de partidos: tal pensamiento, en efecto, habrá de constituirse en la plomada de la alternativa constitucional democrática.

Debido al carácter de alternativa constitucional, o de cultura cívica alternativa, que ha de presentar la oposición a un régimen como éste, parece claro, que es la utopía más que el "programa" lo que debe constituirse el centro de la reflexión: ello se condice, por otra parte, con el carácter más valórico que instrumental que ha de presentar un discurso que busca resumir el conjunto de las esferas de la sociedad civil en un proyecto cultural y no sólo una determinada correlación de fuerzas tras una estrategia de poder particular.

c) A quiénes. Un proyecto hegemónico popular debe, por otra parte, fundir la unidad de un conjunto cada vez más heterogéneo de sectores sociales, lo que otorga a su perspectiva un sello más propiamente "nacional-popular" que definitivamente clasista. Tal proyecto expresa más bien al conjunto de las clases trabajadoras que al "proletariado" en sentido estricto, que es cada día más una estrategia imaginaria y que ha disminuido al tiempo su importancia cuantitativa y estratégica en las nuevas condiciones de la acumulación capitalista nacional.

Tal proyecto constituye, por otra parte, una alternativa de afirmación de la dignidad humana en el contexto de una sostenida degradación a que ha sido sometidas las clases populares por el capitalismo autoritario. Es en ese sentido que un proyecto popular provee el terreno de convergencia del "pueblo cristiano" y el "pueblo marxista".

Sin embargo, estas afirmaciones generales deben dar paso a una reflexión más inmediata acerca del desarrollo mismo de un proyecto hegemónico popular en las condiciones de hoy.

En efecto, tal desarrollo requiere de la apertura de cada vez mayores espacios de libertad en el seno de la sociedad civil, en que sea posible en cierta medida vivir un orden social democrático y no sólo proclamarlo ideológicamente. Ahora bien, esta posibilidad está limitada, por ahora, al sector intelectual disidente, debido al carácter artesanal o semi-artesanal de su organización al pequeño núcleo de trabajadores del sector autogestionado (que por las condiciones económicas de sus establecimientos tienen una escasa capacidad difusiva), y al trabajo social del sistema eclesiástico. ¿Cuáles son los espacios, en que es posible agregar la iniciativa del conjunto de los sectores populares?

d) A través de qué medios. Esta es la cuarta dimensión del problema comunicativo, esto es, de los medios a través de los cuales puede reproducirse una nueva cultura cívica: el problema de los medios es el de los espacios alternativos, en los que la vivencia de relaciones democrático-solidarias pueda difundir la contestación a las relaciones atonizadas que conforman el aparato integrativo dominante. La comunicación personal directa es en este sentido irremplazable, pero ella requiere de un marco social de realización y reproducción.

Más allá de su relativa inmunidad -que es en todo caso discutible- parece ser ésta una de las claves de explicación del papel de agente constitutivo que adquiere hoy la Iglesia con respecto al movimiento social: la Iglesia provee, en primer lugar, una columna vertebral de espacios físicos en los que puede realizarse el encuentro de distintos sectores del pueblo; y provee, en segundo término, un sentido cultural de pertenencia a un proyecto utópico que trasciende la diversidad de intereses inmediatos e integra en un sistema común de referencias simbólicas.

Ambas dimensiones han estado presentes en la historia de constitución del movimiento popular como tal, y parece necesario hoy día recrear de algún modo esa historia a partir de los espacios de libertad existentes: desde los clubes

de la reforma hasta las casas de cultura y bibliotecas populares, los movimientos sociales emergentes han encontrado desde hace largo tiempo en las redes nacionales de espacios físicos de encuentro del pueblo con la cultura su lugar óptimo de gestación y autorealización. El paso de un conjunto reducido y atomizado de espacios intelectuales alternativos al desarrollo de una red nacional de esta especie, parece ser aquí el punto nodal de una estrategia hegemónica popular. Si una discusión como la de este seminario pudiera estarse realizando en la Biblioteca Democrática de San Felipe, luego de una representación dramática realizada por algún grupo de estudiantes del liceo local, no cabe duda que estaríamos avanzando un paso decisivo en la puesta en cuestión de las relaciones sociales atomizadas que dan sustento al actual sistema de dominación. Tal vez sea este mismo seminario, y la coordinación interinstitucional que en él se produce, un adecuado punto de partida para una iniciativa de esta especie: pasaríamos así, en el tratamiento de los problemas de la hegemonía, del discurso académico a la práctica efectiva de la "intelectualidad orgánica".

HISTORIOGRAFIA Y ACCION

EDUARDO MUÑOZ

"Los hombres ejecutan con plena conciencia el programa que se les ha trazado y que ellos han aceptado. Hacen la historia que se les ha enseñado a considerar como historia"

Lucien Febvre.

1.

De tiempo ha, esta parte, los historiadores no han estado ajenos a los esfuerzos de reflexión sobre el pasado reciente. En el marco del nuevo contexto de reorientación de los sentidos y significados de las actividades nacionales afectadas por la experiencia autoritaria que vivimos, la concepción de la historia y la interpretación de la de Chile en particular, se reviste de una utilidad sólo comprensible por el carácter trascendente de los cambios que se impulsan y por el desafío de revertirlos que ellos dejan planteados.

Tanto para la puesta en marcha del nuevo esquema de sociedad que esgrimen los grupos dirigentes del Estado como para los sectores democráticos activos e interesados en elaborar una propuesta alternativa común, al valor del trabajo de comprensión de las causas y desarrollo de las condiciones que explican el fenómeno actual por el pasado, implica procurar una visión sintética de la historia y coherentemente trabada con su postura actual. Mientras de una parte se revive una historia conforme a los cánones tradicionales y apelando a la hermenéutica de la escuela aristocrática, de otra la perspectiva historiográfica intenta renovarse para vulnerar las resistencias oficiales y ofrecer una versión más sólida y consistente del pasado. Al tenor de este contraste las viejas polémicas resucitan, no en vano nuestra cultura conoce, desde mucho tiempo, la afición por la historia y le debe una decisiva importancia en la percepción de lo que hemos sido a sus elaboraciones explicativas.

2.

Inscrita en esta situación comprendemos que se afirme, en una publicación del profesor S. Villalobos, que "la historia se inscribe y reescribe según la visión de toda época" (1). El esfuerzo que se acomete en dicho texto es precisamente reelaborar una historia dominada hasta aquí por la llamada

(1) "Introducción para una nueva historia": en "Historia del Pueblo Chileno", Tomo I, Sergio Villalobos.

historiografía del "revisionismo aristocrático". La novedad del trabajo radica en su énfasis crítico respecto a esa tendencia y en su declarada intención de superar las pautas cognitivas empleadas por sus más destacados representantes. Como se sabe, figuras de la talla de un Encina, Edwards Vives y Eyzaguirre además de contar en su favor con records editoriales, poseen la cualidad de ser responsables de la impresión que el chileno medio tiene de su historia, gracias a la generalidad con que se han logrado extender sus opiniones, concebidas a partir de criterios etnocentristas y político-legales. En conformidad con estos principios, estos privilegiados narradores de la historia se volcaron hacia el pasado buscando encontrar los resortes que impulsaron al país hacia un primerísimo lugar en el concierto americano del siglo XIX y, para indagar las causas de su descenso en el período de crisis de la dominación oligárquica, período reflexionado y vivido en su modo de pensar como "desmoralización nacional" y disolución del "Estado en forma" (2).

Su interés por los procesos políticos, el lugar central de los personajes y el carácter de demiurgos de la realidad con que se privilegia a los "próceres"; su reiterado apego a las normas jurídico-legales para historiar el pasado; la valoración del "Estado en forma" para la construcción y estabilización nacional; las virtudes de los recursos autoritarios y tradicionalistas, como asimismo el valor del orden para fundar las bases de integración y cohesión social indispensables para la buena marcha del país; constituyen puntos de partida del criterio de inteligibilidad del pasado en estos historiadores. Juicios de valor suministrados por esta tendencia, hoy con énfasis son permanente y puestos en circulación a través de distintos canales. En ello desde luego que el diligente trabajo de divulgación oficial contrase su máxima responsabilidad aportando su esfuerzo con la mejor buena conciencia y desinterés; sobre todo, si se trata (como se puede observar en tantos de los hitos del progreso democrático) de poner "vis a vis" el pasado de estabilidad y orden que hizo posible la "grandeza" del Chile del ochocientos, con la "decadente", "liberticida" y "demagógica" influencia del "espíritu de masas" reinante desde las primeras décadas del siglo XX.

No cabe duda que estas oposiciones originadas en toda la literatura de ensayo sobre la crisis del orden oligárquico y, sobre todo, la invocación del "Estado en forma" han sobrevivido inmodificadas más allá del contexto que las originó, incoando en los años de filosófica espera de los partidarios de los partidarios del orden, los gérmenes de soluciones autoritarias, y recordando toda su vigencia y eficacia precisamente en las circunstancias más críticas para el Estado anterior a 1973. Efectivamente, cuando se creía muerta la propensión de reverencial respeto a las jerarquías de la sociedad tradicional, cuando se creía desembarazado del espíritu oligárquico de aquel período y se confiaba en las soluciones colectivas y democráticas, en estrategias de liberación del analfabetismo, la desnutrición, el hambre y la interperie, nuevamente la imagen de la nacionalidad de esta historiografía, construida por los intelectuales de los grupos tradicionalistas, todas sus ideas sobre las razones del precoz primer plano del país en el pasado adquieren en la actualidad, un valor incalculable como receta de superación del esquema de desarrollo anterior, poniendo de relieve los métodos de gobierno y la ges

(2) El concepto de "Estado en forma" fue puesto en circulación por Edwards V. y usado profusamente por Encina, en mucho menos medida lo ha retenido Eyzaguirre.

ción que en 1830 resolvió los problemas inherentes a ese período de la historia chilena.

3.

A pesar de las distorsiones y dudosas premisas de origen que han dado lugar a esta forma de narrativa dominante digamos en su beneficio, que ella por lo menos ha procurado, dentro de una alternativa "decisionista" de la concepción de sociedad, que tiende a reducirla a la política, una visión de conjunto de la historia de gran eficacia práctica al deificar el orden y su demiurgo (el poder central, la autoridad) por sobre cualquier otro elemento integrador. Este mérito y la consecuente confianza en los instrumentos de coerción y ordenación social, es lo que explica el lugar central que se le asigna al período de Portales como si su actuación e ideas fuesen sustancias eternas trasmutables en el tiempo bajo cualquier condición.

Por otra parte, si su apego a lo factual ha sido declaración de fe historiográfica en contra de la tendencia liberal a hacer historia especulativa y doctrinaria, no por ello esta corriente se ha privado de organizar su discurso según criterios de sentido político perfectamente definidos. Poniendo su acento en una imagen integradora de la realidad a través del poder político y excluyendo otros aspectos, operando en favor de lo político y del Estado nacional y a costa de ver la historia de Chile a través de su clase dirigente, realizaba toda una opción sociológica implícita que rebasaba su propia voluntad historiográfica. Su imagen respondía, si pensamos en categorizaciones posteriores como las de heterogeneidad estructural, a algo muy real. En sentido propio, Chile después de su independencia, no era una nación ni una sociedad articulada. Había pues, que inventarla. La obra de Portales tiene precisamente ese carácter fundacional y desde el ángulo historiográfico la tendencia que comentamos cumple a su modo con procurar bajo la forma de historia, desde su existencia fetal, un nombre propio al neonato, una visión integradora insistiendo en su mecanismo fundamental; el Estado y su Constitución. A través de este acto bautismal desliza su concepción de lo que es Chile en función de esta espina dorsal. Es cierto que de aquí deviene toda la deformación y estrecho campo de exploración del pasado a que circunscribe su trabajo esta forma narrativa, pero también su misma arbitrariedad tiene el sentido preciso de resaltar, y es esto lo que torna relevante ayer como hoy, que es en y con el Estado donde siempre ha radicado la posibilidad de superar los problemas. La idea del "Estado en forma" contiene, como dentro de un registro de representaciones inconscientes o reflejas, la idea de "nación en forma". Toda crisis del Estado tenderá entonces a considerarse como "crisis nacional" y viceversa, toda "crítica nacional" como "crisis del Estado".

La historia "central" o "vertebral" (3) tiene pues el sentido de simbolizar limitándose a "ciertos aspectos dominantes, intuitivamente percibidos" por el historiador, en la vida de los personajes públicos más destacados, en los procesos políticos y en los problemas de Estado, los cambios y vicisitudes del acontecer nacional, y al decir de Encina, imponer esa simbolización

(3) Así la denomina Encina en: "El nuevo concepto de la Historia", publicado el año 1935.

a la "visión del presente". Con este plan preconcebido la obra historiográfica de la escuela aristocratizante traspone el umbral de la "crónica" y del "objetivismo" que condena a la pasividad e inercia al historiador "en cuanto fuente de ideas y de conceptos propios" (4), articulando coherentemente una elaboración constructiva de la historia según ejes definidos. El sujeto es la nación y los próceres sus ejecutores y enviados. En esta perspectiva, su concepción de la historia responde que ella es esencialmente política, en tanto que pone a prueba la capacidad de los hombres de Estado para enmarcar la vida colectiva en un orden institucionalizado y operante para orientar la conducta general. En esta misma dirección, hacen la historia el "genio" y la "intuición" que percibe las tareas y necesidades del tiempo, los "espíritus pragmáticos y realistas" encumbrados a las alturas del Poder.

Si hemos creído pertinente descifrar el significado de la visión de conjunto que ofrece esta corriente interpretativa, ello se debe a que el emplazamiento en su contra del profesor Villalobos no percibe los alcances que hemos señalado. Su programa de "aggiornamiento" de la historiografía chilena juzga imprescindible desbaratar las inclinaciones "parciales", "subjektivizantes" y de "superficie" características del "revisionismo aristocrático", mediante un procedimiento de agregación de sectores, incluyendo además de las realidades hasta aquí resaltadas, las referidas a los aspectos económicos y sociales. Se trata, pues, de una historia global, de inclusión de "todos los aspectos del pasado en tal forma -dice el autor- no habría ningún proceso histórico, sector social, grupo racial, ámbito cultural, región u otros elementos que puedan ser olvidados. Se trata de estudiar a la nación entera como protagonista de su historia" (5). Con esa disposición, sin duda encomiable, la imagen discrecional y selectiva se cree recusada por la proposición de una "historia del pueblo" que no excluya a nadie ni a nada. Digamos que no nos merece duda la necesidad de ver las cosas si se quiere en una perspectiva más amplia y completa, problemas materiales y subjetivos a nadie se le escapa que están en la base de las realidades ordinarias y factuales como muchos otros. En ello el trabajo de investigación monográfico ha contribuido a evidenciar la presencia, en la historia, de distintos fenómenos, pero llegados al punto de pretender sobrepasar la eficacia de un discurso de síntesis ideado a partir de una concepción decisionista de la sociedad, cabe insertar ese material acumulado en una visión coherente según un sentido definido tanto por sus premisas teóricas, por su efecto para la acción, como por el tipo de interrogantes que se busca responder en el pasado, si se quiere hacer de la historia algo más que un ejercicio de erudición. La imagen de una historia de todos y de todo, sin resolver esta cuestión de fondo a lo más que puede llegar es a dar paso a un sincretismo descriptivo, indeterminado y amorfo, siempre inferior respecto de la historiografía reductista, sea cual sea su fórmula, y por mucho de que el nuevo "revisionismo", esta vez "sin crítico", "tome lo mejor de los más recientes avances en la investigación de las ciencias sociales para cumplir con su propósito de replantear la historia.

(4) Idem.

(5) Villalobos, op.cit.

Un maestro, Lucien Febvre, que el señor Villalobos como otros historiadores chilenos siguen con entusiasmo en su afán por hacer una historia alternativa, pero sin definir previamente los criterios de elaboración, dice de un historiador siempre lozano para la cultura de Francia. Repetimos para no decir peor lo que Febvre dice mejor: ¡He ahí un hombre al que los años no afectan! Los autores -nos explica el prefacio- "han desado presentar un cuadro histórico de todos los aspectos de la vida rusa: régimen político interior y política exterior; movimientos de la población y organización de la sociedad; agricultura, industria y comercio; letras y arte, ciencias y enseñanzas". Y más adelante este programa sigue: "Presentar separada y sucesivamente los grupos de hecho de diferente naturaleza, política, social, económica, intelectual". Es lo que acostumbro llamar "el sistema de la cómoda", de la vieja cómoda de caoba, gloria de los pequeños mobiliarios burgueses. ¡Tan bien arreglada y en un orden tan bello! Cajón de arriba, la política: "la interior" a la derecha, "la exterior" a la izquierda, sin confusión. Segundo cajón: en el rincón de la derecha: "el movimiento de la población"; en el rincón de la izquierda, "la organización de la sociedad". ¿Por quién? Imagino por el poder político, que desde el cajón de arriba, el número uno, lo domina, rige y gobierna todo, como le viene en gana. Es una concepción, como lo es también situar "la economía" después de la "sociedad", pero no es nueva" (6). Hemos reproducido esta larga cita porque la coherencia y unidad de la praxis histórica, el esfuerzo de totalidad y globalidad del historiador por encontrar en lo disperso la unidad, el problema de los puntos de enlace y los criterios que los gobiernan, la encrucijada donde las series diversas de fenómenos vienen a entrecortarse y unirse, no la vemos por ninguna parte delinada en forma de proyecto en la historia que propone la introducción del libro "Historia del pueblo chileno", y ello sin duda que resiente su eficacia en la doble dimensión de elaboración y de incidencia práctica que el discurso historiográfico tiene.



Area de Estudio e Investigación
boletín interno